

Pensar

Ordenar sin perder

Una introducción al pensamiento sistemático a través de su práctica

Kai Froeb

Sobre esta traducción

Esta traducción se ha realizado de forma automática con IA y todavía no ha sido revisada por completo por una persona. Si encuentra errores, le rogamos que nos los comunique a feedback@reflexivitypress.com. Quien haya comprado el libro y nos comunique errores recibirá gratuitamente la versión corregida en formato de libro electrónico.

Autor

Kai Froeb

https://kai.froeb.net

Editorial

Reflexivity Press

Lisboa

Edición Kai Froeb

Versión más reciente y correcciones:
https://reflexivitypress.com/es/libros/froeb-systematisches-denken

Comentarios: feedback+es.systematisches-denken.v0.56@reflexivitypress.com

Cubierta: © Reflexivity Press, Kai Froeb.
https://reflexivitypress.com/es/sobre-nosotros/lenguaje-visual/

Publicación

2026-11-21

Traducción: 2026-11-22

Versión 0.56

Typeset with LaTeX (LuaHBTeX, Pandoc + Eisvogel)

Nota de accesibilidad

Todas las imágenes incluyen descripciones y son comprensibles a partir del contexto.

Nota sobre la génesis

Escrito con el modelo de lenguaje Claude (Anthropic). El planteamiento, el contenido y la responsabilidad corresponden al autor. La traducción se realizó con la ayuda de modelos de lenguaje de IA. Cómo se trabajó lo describe el ensayo «La filosofía en la era de las máquinas que escriben»:
https://reflexivitypress.com/es/sobre-nosotros/maquinas-que-escriben/

© Copyright 2026 by Reflexivity Press, Lisboa.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin la autorización escrita de la editorial.

Entrenamiento de IA: expresamente permitido (ZMC 1.4, sección 11).

Zero Marginal Cost License 1.4 (ZMC 1.4)

Resumen de fácil lectura

Lo que no tiene costes marginales no debería tener barreras.

Puede

- **Leer, descargar y copiar** la obra gratuitamente.
- **Compartir digitalmente la obra sin alterar su contenido y con fines no comerciales**, indicando el autor, la fuente y la licencia.
- Convertir el formato del archivo y realizar los ajustes técnicos necesarios para la accesibilidad, sin cambiar el contenido.
- **Imprimir o encargar ejemplares individuales y regalarlos** para uso personal y no comercial; pueden reembolsarse los costes directos sin recargos ni beneficios.
- **Traducir la obra** para uso propio, personal, no público y no comercial.
- **Reflejar la obra inalterada** en acceso abierto: sin fines comerciales, con versión, fecha y referencia a la versión actual.
- Utilizar individualmente la obra para educación e investigación y citarla, con fines no comerciales, conforme a las normas académicas, sin sustituir la obra por una recopilación de extractos.

Condiciones

El uso debe seguir siendo **no comercial**. En cualquier difusión pública deben indicarse, siempre que sea razonablemente posible, **el autor, la fuente y la licencia**. **Solo el titular de los derechos puede volver a licenciar la obra o publicar nuevas versiones.** No se pueden imponer restricciones legales o técnicas adicionales ni dar a entender que el autor o la editorial respaldan ese uso.

Todos los demás derechos quedan reservados

Esta licencia permite únicamente los usos expresamente indicados. Cualquier otro uso requiere autorización independiente del titular de los derechos, salvo que ya esté permitido por la ley.

Los usos autorizados por la ley y los derechos de remuneración permanecen intactos. Los materiales de terceros pueden estar sujetos a condiciones diferentes.

Importante: Este resumen es meramente orientativo y no constituye una licencia independiente. Prevalece el texto íntegro de la **ZMC 1.4**:

https://reflexivitypress.com/es/zmc/



Sobre el autor

Kai Froeb (nacido en 1963) es un filósofo y experto en informática alemán que vive en Portugal. Su trabajo combina más de treinta y cinco años de investigación sistemática sobre Hegel con las posibilidades de la inteligencia artificial, desarrollando una nueva forma de colaboración filosófica.

Su pensamiento es radicalmente interdisciplinario. Estudió matemáticas e informática en la Universidad de Erlangen-Núremberg, administración de empresas en la EBS, y estudios culturales y derecho en la Universidad a Distancia de Hagen. Paralelamente, se dedicó intensamente a la filosofía, la sociología y la historia dentro de un Studium generale. Realizó conscientemente sus estudios sin orientarlos a la obtención de títulos académicos, con el fin de preservar la libertad de un camino independiente de pensamiento e investigación más allá de los límites disciplinares de la universidad.

Desde finales de la década de 1990, Froeb dirige **hegel.net**. Disponible en doce idiomas, el sitio figuró durante muchos años entre los primeros resultados de las búsquedas internacionales de Hegel en Google y llegó a convertirse en uno de los principales recursos de Internet sobre la filosofía de Hegel. Probablemente siga siendo hoy el sitio web multilingüe más extenso dedicado a Hegel.

En torno a **hegel.net** y **hegel-system.de**, Froeb también creó un amplio archivo de fuentes de libre acceso público. Solo la colección en lengua alemana ofrece para su descarga gratuita 506 ediciones originales digitalizadas de obras de Hegel y de los hegelianos del siglo XIX. A ellas se añaden fondos en otros idiomas, entre ellos 19 obras originales en inglés.

Más de cuarenta años de experiencia como programador desde 1980 constituyen otro fundamento metodológico de su trabajo. Su primer programa fue una reimplementación de ELIZA, de Joseph Weizenbaum: de este modo se cierra el círculo que va desde los primeros experimentos con inteligencia artificial hasta su actual colaboración productiva con Claude. Froeb utiliza sus conocimientos informáticos no solo de manera técnica, sino también como instrumento de

pensamiento: analiza las estructuras sociales y filosóficas con la precisión de un arquitecto de software.

Froeb desarrolla una obra filosófica independiente que se sitúa en la tradición de Hegel, aunque trata de continuarla bajo las condiciones del presente. En su centro se encuentra un enfoque performativo propio de la verdad, que constituye el fundamento común de sus libros filosóficos. La verdad no aparece en ellos únicamente como objeto de enunciados, sino como un movimiento que también debe acreditarse en la forma misma del pensamiento y de la exposición.

Su propósito es la desmitificación mediante la clarificación conceptual: penetrar mediante el pensamiento todo límite, incluido el de aquello que inicialmente parece inaccesible. En su obra, la forma sigue al contenido: la estructura, los conceptos y el método se orientan por la cosa misma. Al mismo tiempo, busca la accesibilidad: presentar una filosofía exigente con la mayor claridad posible, en el espíritu de la mejor tradición académica angloamericana, sin simplificarla.

Su motivo rector es la fórmula de Hegel: «La verdad es el todo» —la búsqueda de una integración que no necesite reprimir nada.

ÍNDICE

Índice de figuras **xiii**

Capítulo 1: De qué trata y cómo **1**
1.1 La pregunta 1
1.2 Sin apelar a nadie 1
1.3 El curso y su estándar 2
1.4 Las palabras 3

Parte I: Lo que va junto **5**

Capítulo 2: Para qué ordenar **7**
2.1 Lo que ya ocurre al leer 7
2.2 El orden más pequeño 7
2.3 Panorama y acceso 8
2.4 Condensar 9
2.5 En qué consiste todo 10

Capítulo 3: Respecto **13**
3.1 Según qué se ordena 13
3.2 Tres niveles 14
3.3 Varios respectos 15

Capítulo 4: Serie y compartimento **17**
4.1 Órdenes que nada saben de la materia 17
4.2 Compartimentos dentro de compartimentos 18
4.3 Lo que el orden calla 18
4.4 Lo que la serie hace visible 20

Capítulo 5: Patrón **21**
5.1 Lo que se repite 21
5.2 Encontrado o hecho 22
5.3 Donde un patrón queda abierto 22
5.4 Demasiado grueso, demasiado fino 23
5.5 En qué fracasa el patrón 24
5.6 Retrospectiva de la primera parte 24

Parte II: Por qué va junto **27**

Capítulo 6: Principio **29**
6.1 Lo que produce un patrón 29
6.2 Generalización y principio 29
6.3 Cuando un principio lo explica todo 30
6.4 En qué fracasa el principio 31

Capítulo 7: Fundamento **33**
7.1 Vacío, arbitrario, suficiente 33
7.2 Cuánto es suficiente 34
7.3 El silogismo 34
7.4 A quién sirve un fundamento 35
7.5 El fundamento en la cosa 35
7.6 En qué fracasa el fundamento singular 36
7.7 Retrospectiva de la segunda parte 36

Parte III: Cómo está construido un todo **39**

Capítulo 8: Clases **41**
8.1 La ballena 41
8.2 Correcta y buena 42
8.3 Donde el objeto no traza límite 42
8.4 Cuando el dividir no cesa 43
8.5 En qué fracasa la clase 44

Capítulo 9: Partes **45**
9.1 Dos descomposiciones de una bicicleta 45
9.2 Qué hace buena una estructura 46
9.3 Cuando la estructura se vuelve más importante que lo estructurado 46
9.4 La estructura de un libro de no ficción 47
9.5 En qué fracasa la descomposición 47

Capítulo 10: Conexiones **49**
10.1 Todo se relaciona 49
10.2 Tres clases de conexión 49
10.3 Árbol y red 50
10.4 Cuando una relación se lee mal 51
10.5 Cuando todo se relaciona con todo 52
10.6 En qué fracasa la red 53

Capítulo 11: Procesos **55**
11.1 Cómo empezó 55
11.2 Cuándo una cosa solo puede captarse como proceso 55
11.3 Según qué se mueve algo 56
11.4 El ritmo 56
11.5 Cuando las clases son etapas 57

11.6 Dos órdenes a la vez 58
11.7 En qué fracasa el proceso 58

Capítulo 12: Autodesarrollo **59**
12.1 Los números 59
12.2 Universal, particular, singular 60
12.3 Hasta dónde sostiene 61
12.4 Cómo se encuentra un universal 62
12.5 Conceptos que cambian su objeto 63
12.6 El autodesarrollo y los otros cuatro 64

Capítulo 13: ¿Qué orden es mejor? **65**
13.1 La pregunta adecuada 65
13.2 Tres etapas 65
13.3 Remisiones 67
13.4 Ordenar en la investigación y al escribir 68
13.5 Retrospectiva sobre la tercera parte 68

Parte IV: Lo que cuesta el orden **71**

Capítulo 14: Condensar y perder **73**
14.1 Tres etapas de la condensación 73
14.2 Por qué la condensación tiene éxito 73
14.3 El remanente 74

Capítulo 15: Orden muerto **77**
15.1 Formulario 47B 77
15.2 Cómo se reconoce un orden muerto 77
15.3 El engaño coherente 78
15.4 Orden compartido 81

Capítulo 16: El orden propio **83**
16.1 El pensamiento que se ordena a sí mismo 83
16.2 De dónde vienen los órdenes propios 84
16.3 El orgullo del que ordena 85
16.4 El camino 85
16.5 Este libro puesto a prueba 86
16.6 Lo que queda abierto 87

Apéndice A: Ejercicios **89**
A1: Ordenar una decisión 89
A2: Ordenar una discusión 89
A3: Montar un sistema de archivo 90
A4: Condensar y recuperar 90
A5: Estructurar una conferencia 91

A6: Examinar un capítulo 91

Apéndice B: Quién lo ha visto también así, y las objeciones más fuertes 93
B1: Sobre los capítulos singulares 93
B2: Cinco objeciones en su propia forma 96
B3: Lectura adicional en los otros libros 99

Glosario 101
Indicaciones para el uso 101
Universal, particular, singular (Allgemeines, Besonderes, Einzelnes) . 101
Superación (Aufhebung) 102
externo (äußerlich) 102
Concepto (Begriff) 103
Urgencia (Dringlichkeit) 103
conexión factual, funcional, conceptual (faktischer, funktionaler, begrifflicher Zusammenhang) 104
orden compartido (geteilte Ordnung) 104
Fundamento: vacío, arbitrario, suficiente (Grund: leer, beliebig, zureichend) 105
Respecto (Hinsicht) 105
Clasificación (Klassifikation) 105
engaño coherente (kohärente Täuschung) 106
Composición (Komposition) 106
división correcta y buena (korrekte und gute Einteilung) 107
Estándar (Maßstab) 107
orden mecánico y orden vivo (mechanische und lebendige Ordnung) 108
Patrón (Muster) 108
Orden (Ordnung) 109
Manera de ordenar (Ordnungsweise) 109
Principio (Prinzip) 109
Serie y compartimento (Reihe und Fach) 110
Relación (Relation) 110
Remanente (Rest) 111
Ritmo (Rhythmus) 111
Silogismo (Schluss) 111
Autodesarrollo (Selbstentfaltung) 112
Sistema, sistemático (Sistema, systematisch) 112
Panorama (Überblick) 112
Generalización (Verallgemeinerung) 113
Condensación (Verdichtung) 113
Proceso (Verlauf) 113
Referencia cruzada (Verweis) 114
Prejuicio (Vorurteil) 114
Esencialidad (Wesentlichkeit) 115

Importancia (Wichtigkeit) 115
orden proliferante (wuchernde Ordnung) 115
Acceso (Zugriff) 116

ÍNDICE DE FIGURAS

1 El símbolo de las clases: tres formas separadas, sin marco. La distancia entre ellas lleva el significado. 41
2 El símbolo de las partes: una única forma cerrada, diferenciada en su interior. 45
3 El símbolo de la relación: varias formas unidas por líneas. . . . 49
4 El símbolo del proceso: una trayectoria curva con punta de flecha. Curva, porque una flecha recta afirma progreso donde solo se quiere decir el proceso. 55
5 El símbolo del autodesarrollo: un triángulo en el que hay otro invertido, cuyas puntas tocan los puntos medios de los lados. La misma figura se repite en cada una de sus partes. 59

CAPÍTULO 1: DE QUÉ TRATA Y CÓMO

1.1 La pregunta

Quien ordena quiere volver a encontrar algo: un escrito en el archivo, una herramienta en el taller, un pensamiento en un libro. Y quiere ver lo que tiene sin repasarlo todo cosa por cosa. Ambas cosas solo se logran si de lo mucho se hace lo poco, y en ello algo se pierde. Este libro pregunta cómo puede lograrse sin que se pierda aquello en lo que todo consiste.

Se entiende aquí algo más que archivar. Quien ordena un cajón ordena cosas; quien determina una especie, forma un concepto, estructura una teoría o construye un libro ordena pensamientos. Que la ballena sea un mamífero, que los números se dividan en naturales, enteros y racionales, que un manual empiece con este capítulo y no con aquel, son órdenes, y de ellos depende lo que se comprende. De este ordenar mediante el pensamiento trata el libro: de la división y la formación de conceptos, de patrones, principios y fundamentos, de estructuras. Empieza por el archivo porque allí cada paso puede comprobarse por uno mismo, y de allí pasa a las especies de los seres vivos, a los números, a las explicaciones científicas y a la construcción de textos.

La pregunta se le plantea, por eso, a la investigadora que evalúa una serie de mediciones o describe una especie nueva, al jurista que estructura un caso, a quien escribe un libro de divulgación, también al programa al que se le encarga escribir uno, y a quien solo coloca sus documentos en carpetas. Las respuestas son en cada lugar de distinta precisión, pero emparentadas.

1.2 Sin apelar a nadie

El libro no apela a nadie. Lo que afirma debe poder comprobarse en el propio ordenar: en la lectura de este libro, en el escritorio, en un archivo, en un texto que se estructura. Los ejemplos ilustran, no demuestran. Algunos son inventados, otros tomados de la vida cotidiana, y no importa que en todas partes ocurra así, sino que pueda seguirse; lo que ha de sostener es el argumento. Si un paso tiene

una objeción obvia, la objeción figura allí, en la forma más fuerte que se pudo hallar, y después la réplica. Donde la réplica no alcanza, se dice.

Muchos de los pensamientos los han pensado otros ya, algunos hace mucho tiempo. Donde es así, consta en el apéndice B, como indicación de dónde puede seguirse leyendo; a veces también en una frase al final de un apartado, una vez llevado a cabo el pensamiento. Nada de ello pretende demostrar: un paso que aquí no se sostiene no se vuelve sostenible porque un nombre famoso lo haya dado.

1.3 El curso y su estándar

El libro es él mismo un orden, un orden de pensamientos sobre el ordenar. Por eso tiene que dejarse medir por lo que dice sobre los órdenes, y quien lo lee tiene así una piedra de toque en la mano.

El estándar es una pregunta que puede plantearse a cualquier orden: ¿puede decir por qué sus miembros son estos y por qué están así dispuestos? Un orden alfabético no puede; que «perro» venga después de «perra» no dice nada de los perros. Una división de los números en la que cada clase surge de que un cálculo no cuadraba en la anterior, sí puede. Mientras un orden no pueda indicar su fundamento, se apoya desde fuera sobre la materia, y lo que omite puede ser justamente aquello en lo que todo consiste.

A lo largo de esa pregunta avanza el libro. La primera parte trata de órdenes que dicen qué va junto, pero no por qué: del respecto según el cual se clasifica, de series y compartimentos, de patrones. La segunda pregunta por el porqué, por principios y fundamentos. La tercera pregunta cómo está construido un todo y encuentra para ello cinco modos de ordenar, el último de los cuales muestra por sí mismo su fundamento. La cuarta pregunta qué cuesta todo orden.

Esto es una mirada anticipada y tiene que probarse a sí misma. Por qué el libro tiene precisamente estas partes y esta sucesión se dice al final de cada parte, cuando puede verse qué se ordenó, y para el conjunto al final del libro. Quien lo estructurara de otro modo tiene en esa misma pregunta el medio de comparar ambas estructuras.

1.4 Las palabras

Para lo que se encuentra al ordenar, el libro toma, donde es posible, palabras de la lengua cotidiana. Algunas palabras técnicas las adopta porque se han consolidado para estas materias y se las vuelve a encontrar en otros lugares: compresión, clasificación, composición, relación. Cada una se explica donde tiene su lugar, y a partir de lo que en ese punto se ha encontrado. El glosario del final indica dónde es eso.

El libro se sostiene por sí solo. Tiene cuatro vecinos que plantean otras preguntas: uno sobre la verdad, que la desarrolla a partir de la comprobación que todo el mundo lleva a cabo ya al leer; otro sobre la lógica, que recorre las formas fundamentales del determinar; otro sobre la ética, que desarrolla a partir de esa misma comprobación lo que los seres humanos se deben unos a otros; y otro sobre la organización, que retoma algo de este libro y pregunta cómo han de estar construidas las instituciones para que el saber, las razones y la corrección actúen en ellas. Ninguno presupone a los demás. *La verdad* (2025) es el que se remonta más atrás: quien llama mejor a un orden que a otro presupone que lo mejor puede distinguirse de lo peor, y allí eso se desarrolla expresamente. Aquí se muestra en el propio ordenar, en la medida en que el ordenar lo exige.

Sobre la traducción de las citas: Las citas de Hegel y de otros autores de lengua alemana están traducidas para esta edición a partir del texto alemán, en la terminología de este libro, y no tomadas de una traducción existente. Donde hay varias traducciones de referencia, cada una interpreta de otro modo; la traducción que aquí se ofrece sigue la interpretación del libro. Para que la versión pueda comprobarse, el texto alemán figura al lado: entre paréntesis tras la cita, en las citas más largas en un párrafo aparte debajo o en la nota que documenta la cita. Las expresiones muy breves (menos de cuatro palabras) figuran sin original, y las citas que en el texto alemán ya están en otra lengua se dejan sin cambios.

Para seguir leyendo: *La verdad*

PARTE I: LO QUE VA JUNTO

CAPÍTULO 2: PARA QUÉ ORDENAR

2.1 Lo que ya ocurre al leer

Quien ha leído hasta aquí ya ha ordenado. Mire hacia atrás, a las páginas anteriores: ¿cuál fue la idea principal, qué era un ejemplo, qué una observación marginal? La respuesta suele estar a mano antes de mirar. Intente después leer el párrafo siguiente de modo que todo en él le parezca igual de importante.

No lo consigue. Hasta el propósito de no ponderar nada es una ponderación, pues por el momento se convierte en aquello en lo que todo consiste. Quien lo vive de otro modo, que examinar qué ocurrió entonces; también eso sería un resultado.

Usted distingue, pues, ya aquello en lo que todo consiste; de otro modo no podría leer. Quien tomara todo por igual de importante no retendría nada de una página. Y quien quisiera negar que comprender es un ordenar tendría que ordenar al negarlo: poner sus fundamentos delante y el accesorio detrás. Este libro trata, por tanto, de algo que se hace mientras se lee, y lo que dice sobre ello puede comprobarse en ese hacer.

En la cabeza esto ocurre demasiado rápido para poder verlo. Más despacio y de modo más visible ocurre en el escritorio.

2.2 El orden más pequeño

Experimento 1: El propio escritorio

Mire su escritorio, o la superficie que más se le parezca. Si allí reina el desorden: ¿de qué clase es? ¿Está todo como cayó?
Rara vez. Lo que se usa a diario está al alcance. Lo que pertenece a una misma cosa está junto, aunque la pila esté torcida. Lo que queda por hacer está arriba. Quien ordena el escritorio de otro lo averigua por la protesta del dueño: ya no encuentra nada, aunque ahora todo esté en un sitio.

Lo que ocurre en el escritorio es el orden más pequeño que existe: esto se pone con aquello, lo otro aparte. Ambas cosas ocurren a la vez. Quien pone las facturas en una pila las ha separado de las cartas; quien aparta algo lo ha puesto con lo que puede irse. No se puede juntar nada sin separarlo de otra cosa.

Objeción: Entonces toda disposición es un orden. También en el montón de hojas que el viento ha empujado a la esquina esto yace junto a aquello.

Réplica: Yace junto, pero por ningún fundamento que alguien pudiera usar para buscar. Orden↑ ha de significar aquí una disposición de la que algo puede inferirse: dónde está algo, qué falta, qué va junto. La pila torcida es en este sentido ordenada, para quien trabaja con ella. Para quien ordena, no lo es, porque no conoce el fundamento. En ello se muestra ya algo que acompañará todo el libro: que una disposición sea un orden no depende solo de las cosas, sino también de quién busca en ella y de lo que sabe de ella.

2.3 Panorama y acceso

Un cajón con tres cosas no necesita orden; se abre y se ve todo. Uno con trescientas sí lo necesita. Quien tuviera todo a la vez a la vista, con todas sus conexiones, no lo necesitaría. Nadie tiene eso. La memoria abarca poco de una vez, la atención menos aún. Externalizar se puede casi sin límite, en estantes, carpetas y bases de datos, pero con cada pieza externalizada crece la cuestión de cómo volver a encontrarla.

De esta situación se siguen dos exigencias. Se quiere ver qué hay y cómo se relaciona, sin repasarlo todo uno por uno: eso se llamará *panorama*. Y se quiere encontrar, desde un punto, otro: eso se llamará *acceso*.

Que ambas son distintas lo muestra casi cualquier libro de no ficción, pues tiene para cada una su propia herramienta. Delante está el índice. Muestra de qué consta el libro y en qué sucesión, y quien lo ha leído sabe aproximadamente qué le espera; un detalle concreto rara vez lo encuentra en él. Detrás está el índice analítico. Lleva en un paso a cada lugar donde aparece una palabra, pero nada dice de cómo está construido el libro. El índice ordena según la materia, el analítico según el alfabeto, y precisamente porque el alfabeto nada sabe de la materia, cualquiera que conozca la palabra se orienta en él.

Ambas prestaciones se pueden medir. Para el acceso: ¿cuántos pasos hacen falta desde un punto cualquiera hasta otro, y cuánto hay que saber antes? El índice analítico necesita un paso, pero exige conocer la palabra. Para el panorama: ¿cuántos miembros hay que retener en la cabeza para ver el todo? Un índice de

cinco partes lo da, uno de cuarenta capítulos sin partes no lo da, por buenos que sean los títulos de cada capítulo.

Quien crea un orden decide con ello qué será luego fácil y qué difícil de encontrar. Suele advertirlo solo cuando busca él mismo.

2.4 Condensar

Experimento 2: Una conversación en una frase

Piense en su última conversación larga con alguien a quien conoce bien. Dígase en una frase de qué se trató, antes de seguir leyendo.
La frase será aproximadamente así: «Está preocupado por su empleo, pero lo lleva con calma.» (DE: „Er sorgt sich um seine Stelle, sieht es aber gelassen.“) Una hora se ha vuelto una frase. El tiempo, el café, las gafas nuevas, los rodeos por los que se llegó al tema han desaparecido, y ninguno le hace falta.

Lo mismo ocurre en el cajón. Quien reparte trescientas cosas en seis compartimentos tiene que recordar seis rótulos en lugar de trescientos lugares; cada uno representa todo lo que hay debajo. Ordenar es condensar: lo mucho es representado por lo poco. La técnica llama *compresión* a la condensación de datos, del latín comprimere, apretar. La palabra sirve también aquí.

Hasta dónde puede llegarse lo muestra un caso límite. Un procedimiento que condensa cualquier archivo en un solo signo ha comprimido más que cualquier otro, y es inservible, pues de un solo signo no puede recuperarse nada. Una condensación solo es utilizable mientras de ella pueda recuperarse aquello en lo que todo consiste. La técnica conoce dos clases. Una no omite nada, y de ella vuelve a surgir el todo. La otra da algo por perdido, en las imágenes, por ejemplo, matices de color que el ojo apenas distingue. Ambas son utilizables; lo que decide su valor es *qué* se da por perdido.

Con ello puede distinguirse una buena condensación de una mala. La buena da por perdido aquello en lo que no todo consiste y conserva aquello en lo que sí. La mala confunde ambas cosas. Si usted hubiera resumido su conversación en la frase «Se queja otra vez», habría sido una condensación más fuerte, pues la frase vale para muchas conversaciones con él. Ahorra atención y hace previsible la próxima conversación. Ha omitido justo lo que esta vez fue distinto. Así trabaja el prejuicio: condensa fuerte y rápido y con ello da por perdidas las diferencias

en las que todo consiste. Sin condensación rápida, sin embargo, no se llegaría a ninguna conversación, pues toda expectativa con la que se entra en ella es una. Solo se vuelve prejuicio cuando la conversación ya no puede corregirla. Contra ello no ayuda condensar menos; quien no resume la conversación en absoluto no sabe después más que antes. Ayuda condensar de otro modo: recuperar las diferencias que la frase rápida dio por perdidas y comprobar cuáles cuentan esta vez.

Objeción: Entonces ordenar es siempre pérdida. Quien no quiere perder nada lo conserva todo tal como está.

Réplica: De todos modos se conserva todo; las trescientas cosas siguen estando en el cajón tras ordenar. Lo que se pierde es en la mirada: el rótulo «Cables» no dice qué cables. Ese es el precio del panorama, y quien no quiere pagarlo tiene trescientos lugares y ningún panorama. Lo que hay que elegir no es, pues, entre pérdida y ninguna pérdida, sino entre pérdidas. De esa elección depende que un orden sirva.

Una segunda objeción: Con un buscador ya no hace falta ordenar. Se teclea lo que se busca y ya se lo tiene.

Réplica: Se tiene lo que se puede nombrar. Una búsqueda da acceso, no panorama: no muestra qué más hay ni qué habría que haber preguntado. Y solo encuentra lo que antes fue registrado de modo que pueda encontrarlo; un archivo sin campo para el remitente no puede buscarse por remitentes. Se sigue ordenando, pues, solo que en otro lugar, por quien construye el sistema, y para todos los casos futuros a la vez. Lo que eso significa se verá en el tercer modo de ordenar.

2.5 En qué consiste todo

Con ello vuelve la pregunta de la que depende todo lo demás y que usted ya ha respondido al leer (cap. 2.1): ¿en qué consiste todo? Para el amigo era la preocupación por el empleo. Si hubiera escuchado una óptica, se habría quedado con las gafas nuevas. No habría condensado peor, solo para otra pregunta. Con ello se ha encontrado un primer estándar: la pregunta para la que se condensa. Con ella puede comprobarse si una condensación ha conservado lo que debía conservar.

La lengua cotidiana tiene para aquello en lo que todo consiste dos palabras que usa de modo distinto. Importante es algo para alguien, con respecto a una pregunta. Esencial se llama lo que corresponde a la cosa misma, sea quien sea el

que pregunte: lo esencial de un contrato, de una enfermedad, de una disputa. Si eso existe, la palabra no lo decide. Puede también expresar solo que alguien tiene su propia pregunta por la única correcta.

Un caso hace tangible la diferencia. Algunos ordenan su estantería por colores, y la edition suhrkamp lo ha sugerido expresamente: sus lomos forman uno junto a otro un espectro cromático. Otros ordenan por tamaño, y hay buenas razones para ello. Los compartimentos pueden ajustarse más, y las bibliotecas separan en sus depósitos los libros por formatos, entre otras cosas por eso. Para la pregunta de cómo se ve la estantería o cuánto cabe en ella, ambas cosas están bien ordenadas. Pero quien busca algo sobre un tema determinado o quiere tener juntos todos los libros de un autor dirá que aquí se ha ordenado pasando de largo ante los libros. Color y formato son, en sentido estricto, rasgos exteriores: están en la cara externa del libro, y un libro es lo que dice dentro. Pero ¿de dónde toma él ese estándar? No pone simplemente otra pregunta junto a la primera. Se remite a algo en los libros mismos, a lo que los hace libros. Si es un estándar tomado de la cosa o solo la pregunta habitual con los libros, no puede decidirse en este punto.

La pregunta queda abierta, y de ella depende el curso del libro. El estándar se acerca a la cosa de etapa en etapa: primero como respecto que se elige, luego como repetición que se encuentra en las cosas, luego como fundamento del que se sigue, por último como orden que indica por qué sus miembros son estos. Si al final hay un estándar que pertenezca a la cosa misma, y en qué sentido, tiene que mostrarlo este curso. Su primer paso es el respecto, aquello según lo cual se ordena.

CAPÍTULO 3: RESPECTO

3.1 Según qué se ordena

Experimento 3: El armario, tres veces

Imagine que ordena su armario tres veces: una por colores, otra por las ocasiones en que lleva las prendas, otra por estaciones del año. ¿Qué encuentra fácilmente en cada uno de los tres órdenes, qué con dificultad?
Ordenado por colores, ve de un vistazo qué combina, pero para una entrevista de trabajo tiene que revisar cada compartimento. Ordenado por ocasiones, por la mañana mete la mano en el compartimento correcto, pero no ve si el jersey azul oscuro combina con el pantalón gris, y la camisa que igual de bien serviría para la noche con amigos yace en el compartimento de la oficina, donde de noche no la buscará. Ordenado por estaciones, en primavera puede retirar un compartimento entero, y todo lo demás sigue tan desordenado como antes.

Cada uno de los tres órdenes pone esto con aquello, y cada uno lo hace por un fundamento distinto: porque tiene el mismo color, porque se lleva en la misma ocasión, porque pertenece a la misma estación. Aquello a lo que se atiende en ello se llamará *respecto*. Sin respecto no hay orden, solo disposición (cap. 2.2), pues solo el respecto dice por qué algo está aquí y no allá.

Cada respecto condensa a su manera. Ordenado por colores, cuentan las diferencias de color, y las diferencias de ocasión caen; el rótulo «Azul» no dice si algo sirve para una boda. Qué diferencias conserva un orden y cuáles da por perdidas lo fija el respecto, y con ello también lo que se encuentra fácil en él y lo que se encuentra difícil.

Objeción: Entonces ningún orden da en la cosa. Cada uno muestra lo que su respecto deja mostrar, y se ordena siempre solo de otro modo, sin llegar nunca a lo que hay.

Réplica: Fíjese en qué se abandona un orden. Quien ha ordenado su armario por colores y lo reordena a las dos semanas no ha comparado, para ello, las

prendas tal como son sin orden alguno con su orden; así no las conoce. Ha notado que algo no cuadraba: por la mañana no encontraba lo que necesitaba, o una prenda no cabía en ninguna parte. Lo que sostiene un orden y en qué fracasa se muestra en la misma experiencia en que se trabaja con él. Para ello no hace falta un punto de vista fuera de todos los órdenes. La pregunta de si un orden da con «la cosa misma» no es, por tanto, irrespondible. Solo que no se responde con una comparación, sino en el trabajo con el orden, caso por caso, y a veces con un no. Este libro pregunta por la otra mitad: qué distingue a un orden de otro.

3.2 Tres niveles

Sobre el escritorio hay un libro de la biblioteca que mañana hay que devolver; está leído a medias. Para quien lo lee, nada parece en este momento más importante. ¿Qué significa aquí «importante»? Pueden distinguirse tres significados, y los tres pueden mostrarse en el mismo libro. Lo que cambia cada vez es aquello a lo que se refiere la palabra.

Lo primero es la urgencia: lo que ocupa a uno en este momento. Se refiere a la situación de quien ordena, no al libro. Una vez devuelto, ha desaparecido, y el libro es lo que era.

Lo segundo es la importancia para una pregunta. Para quien se muda y hace cajas, cuentan formato y peso. Para quien quiere citar del libro, cuentan edición y paginación. Para quien quiere regalarlo, cuenta también la cubierta. Importante en este sentido no es algo para alguien en una situación, sino con respecto a una pregunta: quien plantea la misma pregunta encuentra importante lo mismo. Este es el nivel en el que el cap. 2 ha encontrado el primer estándar.

Lo tercero es la esencialidad, lo que hace del libro lo que es, sea quien sea el que pregunte y para qué (cap. 2.5).

Lo más fácil es confundir el segundo nivel, la importancia para una pregunta, con los otros dos. Quien dice «eso es irrelevante» (DE: „das ist doch unwichtig“) suele querer decir: para esta pregunta, y la tiene por la única. Quien dice «de eso se trata» quiere decir a veces la pregunta y a veces la cosa, y a menudo no advierte la diferencia. Muchas disputas sobre qué es importante son disputas entre dos preguntas que se toman por una información sobre la cosa. Y a la inversa, hay quien tiene por mera pregunta entre otras lo que radica en la cosa misma.

Para la esencialidad puede indicarse una primera prueba: ¿cambia el resto si esto cambia? En el libro puede llevarse a cabo. Si recibe una cubierta nueva, sigue siendo el mismo libro; contenido, estructura y valor para el lector siguen

como eran. Si se cambia el texto, cambia con él todo lo demás, y en el caso límite se tiene otro libro. El texto es más esencial al libro que el color de su lomo.

Objeción: Para el coleccionista es al revés. Una primera edición con su sobrecubierta original vale muchas veces más que una sin ella, y eso no cambia nada en el texto. Así que también la esencialidad es solo importancia para una pregunta, la del coleccionista.

Réplica: El coleccionista y el lector hablan de dos cosas distintas con la misma palabra. El lector se refiere a la obra, que existe en muchas ediciones; el coleccionista se refiere a este ejemplar, un objeto con una historia. En el ejemplar la sobrecubierta no es nada exterior, pues si se cambia, cambia lo que el ejemplar es, una primera edición completa o una incompleta. La prueba funciona, pues, en ambos casos. Pero presupone que se sabe *como qué* se toma la cosa, como obra o como ejemplar, y esa pregunta no la responde la prueba por sí misma.

Con ello se muestra hasta dónde llega la prueba. Comprueba si algo es esencial cuando está establecido de qué se habla. Eso a menudo no está establecido. Si un smartphone se ha caído, puede preguntarse por lo esencial en el aparato, en la caída o en el daño, y cada vez es esencial algo distinto: en el aparato, lo que puede hacer; en la caída, cómo ocurrió; en el daño, si puede repararse. Quien no distingue esto discute sobre lo esencial y habla de tres cosas. Qué significa que el resto dependa de algo, y de dónde se sabe como qué ha de tomarse una cosa, la prueba no lo dice. Ambas cosas son la pregunta por el fundamento. Pertenece a la segunda parte.

3.3 Varios respectos

El armario del experimento 3 tiene un problema que ninguno de los tres órdenes resuelve: los tres respectos son legítimos. Quien por la mañana busca según la ocasión quiere por la noche combinar según el color y en primavera reordenar según la estación. Ninguna de las tres preguntas es la equivocada, y ninguna es la propia; cada una tiene su momento. A ello se añade que ni siquiera un único respecto separa limpiamente. La misma camisa sirve para la oficina y para la noche, el mismo pantalón para el día a día y para el viaje. Quien se viste estrictamente según los compartimentos se limita sin necesidad a lo que ahí hay en ese momento. Las ocasiones se solapan, porque las prendas no están hechas para una ocasión, sino que valen para varias.

En la pantalla esto se resolvería fácilmente: las mismas prendas, mostradas tres veces de distinto modo. En el armario cada pieza yace en un solo lugar. Quien

quiere atender varios respectos a la vez tiene que anidarlos, primero por ocasión, dentro por color, o al revés, y el orden decide qué pregunta necesita un solo gesto y cuál tres. Cómo se hace esto y qué cuesta es la cuestión de los órdenes que clasifican por rasgos.

Para seguir leyendo: *La verdad* (2025), Cap. 11

CAPÍTULO 4: SERIE Y COMPARTIMENTO

4.1 Órdenes que nada saben de la materia

Un diccionario ordena según el alfabeto. Que «perro» esté entre «perra» y «perrera» nada dice de los perros, y nadie lo espera. Aun así, cualquiera encuentra en un diccionario lo que busca, siempre que conozca la palabra; sobre la materia no necesita saber nada. Un archivo que ordena sus entradas por fecha trabaja igual: el escrito del 3 de marzo está antes que el del 4 de marzo, sea de lo que sea de lo que traten ambos. Una biblioteca que coloca sus libros en el depósito según el orden de ingreso, cada uno con un número correlativo, se las arregla sin conocimiento alguno del contenido.

Tales órdenes tienen tres ventajas, y las tres se siguen de que nada saben de la materia. Cualquiera que conozca el rasgo según el cual se clasifica puede usarlos: la letra inicial, la fecha, el número. Lo nuevo puede insertarse sin que haya que reordenar lo antiguo; el próximo escrito va al final, la palabra nueva a su lugar en el alfabeto. Y nadie tiene que discutir adónde pertenece algo, pues el rasgo lo decide.

El precio es igual de claro. Un orden así da acceso, pero no panorama (cap. 2.3). Los vecinos en el alfabeto no tienen nada que ver entre sí, y quien quiere saber qué contiene el diccionario sobre animales tiene que recorrerlo entero. El orden conserva de cada cosa un único rasgo, y de este solo lo necesario para clasificar. Es una condensación muy fuerte, y de la materia no conserva nada.

Eso no es una carencia mientras no se le pida otra cosa. Un diccionario debe permitir encontrar palabras, no explicar el mundo. Solo se vuelve carencia cuando un orden así se toma por un orden de la materia: cuando alguien cree que los escritos de un año están ordenados porque yacen por fecha, y luego tiene que reunir la correspondencia sobre un único asunto desde veinte lugares.

4.2 Compartimentos dentro de compartimentos

La mayoría de los órdenes con los que se trabaja toman más de un rasgo. Una estantería se ordena por materias, dentro por autores, dentro por año de publicación. Un archivo está dividido por años, dentro por remitentes. Tales órdenes anidan respectos unos en otros, y con ello resuelven el problema del cap. 3.3 en la medida en que se puede resolver: donde cada cosa solo puede tener un lugar, varios respectos solo pueden atenderse sucesivamente.

Para el anidar hay una regla que suena sencilla y se infringe a menudo. Dentro de una etapa el rasgo no debe cambiar. Quien ordena sus libros por materias y de vez en cuando intercala algunos por color porque quedan bonitos no ha ordenado con imprecisión, sino que ha entremezclado dos órdenes, y ninguno de los dos se sostiene ya: quien busca el libro por su materia no lo encuentra, y quien lo busca por el color no sabe que está allí. Entre las etapas, en cambio, el rasgo puede y debe cambiar; eso es precisamente anidar.

De la primera regla se sigue una segunda. Los compartimentos de una etapa no deben solaparse, y juntos deben acoger todo lo que llegue a esa etapa. Si dos compartimentos se solapan, el rasgo no era unívoco; si queda algo que no cabe en ninguno, falta un compartimento. El compartimento «Varios» que tiene casi todo archivo es la confesión de que falta un compartimento – a menudo el compartimento más honrado de todo el orden.

Qué respecto sube cuesta de decidir. Quien archiva por años y dentro por remitentes encuentra todo de un año de un solo golpe, y todo de un remitente tiene que recogerlo año por año. Quien archiva al revés, por remitentes y dentro por años, lo tiene fácil con el remitente y difícil con el año. Siempre se paga; la cuestión es solo para qué búsqueda. Lo mejor que un orden anidado puede hacer es poner arriba el respecto según el cual se busca con más frecuencia, y escalonar los demás como se necesitan.

4.3 Lo que el orden calla

Un escrito trata del impuesto de la casa que su madre alquila. ¿Va en la carpeta «Impuestos», en «Madre» o en «Casa»? Y esos son solo los órdenes según la materia. Junto a ellos están los dos con los que toda registratura trabaja de todos modos, fecha y remitente. También ellos solo pueden anidarse: primero por años, dentro por remitentes, o al revés, el correo saliente junto al entrante o separado de él. Cada elección es defendible, y cada una vuelve invisible el escrito en los

demás lugares. Quien lo busque dentro de tres años en «Madre» no lo encuentra, aunque allí habría pertenecido igual de bien.

Objeción: El caso es pequeño, la objeción que puede apoyarse en él no. Un orden que da a cada cosa exactamente un lugar afirma que cada cosa tiene exactamente un respecto en el que pertenece. Pero las cosas se parecen más a una trama que a un árbol: casi todo se relaciona con muchas cosas, y qué relación cuenta cambia con la pregunta. Un orden que no lo admite no describe lo que hay, sino que decide sobre ello. Cuanto mejor funciona, menos se advierte que se ha decidido. Y eso no afecta solo al archivo. Todo orden que este libro desarrollará aún, también el que puede indicar su fundamento, da a cada cosa un lugar; el orden fundado sería, pues, el más peligroso, porque quien puede fundar un orden es quien más fácilmente lo toma por la cosa misma.

Réplica: En esta objeción hay mucho de cierto. Todo orden elige, y lo que no aparece en ninguno de sus respectos cae fuera de la vista. Pero pasa por alto dónde se muestra esto. Que el escrito falte bajo «Madre» se advierte al buscar, en la misma experiencia en que puede fracasar un orden (cap. 3.1): algo no cuadra. Un orden no se vuelve peligroso por elegir. Se vuelve peligroso cuando ya no advierte sus fracasos, cuando lo inencontrable cuenta como inexistente en vez de como indicio de un segundo respecto.

De ahí no se sigue renunciar al orden, sino una condición para él: tiene que mantener visible el resto. Eso cuesta. Una remisión en la carpeta «Madre» al expediente fiscal hay que crearla y mantenerla. Desde que hay fotocopiadoras se puede archivar una copia en su lugar, pero los expedientes crecen. Que un escrito pertenece a varios lugares lo sabía todo registrador. Lo que quedaba abierto era cuánto podía costarle esa intelección. Hasta dónde se llega con ello, hasta órdenes que ya no asignan un lugar fijo, lo muestra el cap. 10.3.

Lo mismo vale para toda exposición que se lee en una sucesión. Un libro tiene un índice, y un índice conoce una sola serie. Lo que en la materia está en paralelo o se cruza tiene que ir en el papel uno detrás de otro, y lo que pertenece a dos lugares va en uno. También este libro está construido así, y se las arregla como la registratura: con remisiones a otros capítulos, donde pertenece algo que en su propio lugar no tuvo cabida.

La forma más aguda de la objeción de este apartado la ha encontrado en Gilles Deleuze y Félix Guattari. Al árbol opusieron el rizoma, la trama de raíces sin tronco, en la que cada punto puede estar conectado con cada otro.

4.4 Lo que la serie hace visible

Todos los órdenes de este capítulo tienen algo en común: su respecto es elegido. El alfabeto, la fecha, la materia, el remitente son rasgos según los cuales se clasifica porque así se quiere buscar. Que con ello el orden se aplique desde fuera a las cosas es su ventaja y su precio.

Y sin embargo, justamente un orden así puede mostrar algo que nadie ha puesto en él. Quien archiva su correo durante unos años solo por fecha, sin mirar el contenido, ve al hojearlo que cada año por las mismas fechas llegan los mismos escritos: en primavera la liquidación del impuesto, en verano el cálculo de los gastos comunes, en otoño las cuotas de los seguros. La fecha la ha elegido él. Que en ella algo se repita, no lo ha elegido, y no habría podido forzarlo; se debe a los plazos y ritmos según los cuales trabajan las administraciones, los arrendadores y las aseguradoras. Igual el compartimento «Varios» del cap. 4.2. Al cabo de un año hay en él un montón, y a menudo no está mezclado al azar: la mitad son escritos de artesanos. Tampoco eso lo ha dividido nadie. Se muestra por sí mismo y dice qué compartimento falta.

Ambos hallazgos tienen la misma forma. En un respecto elegido se muestra una repetición que no es elegida, sino que viene de las cosas. Un orden que la sigue (un compartimento para los plazos anuales, otro para los artesanos) ya no clasifica solo según un rasgo que se aplica a las cosas. Recoge algo que se encuentra en ellas. Una repetición así se llama un patrón.

CAPÍTULO 5: PATRÓN

5.1 Lo que se repite

Experimento 4: Letras como trazos

Intente ver por un instante las letras de esta línea como meros trazos, como líneas negras sin significado.
Apenas se logra, y cuando se logra no dura. Los trazos se unen en letras, las letras en palabras, antes de que pueda impedirse; el no reconocer cuesta más esfuerzo que el reconocer.

Lo que aquí se impone es un patrón: una forma que vuelve en muchos casos y por eso es reconocida. Una «a» se ve algo distinta en cada escritura, y sin embargo es cada vez una «a». La capacidad llega lejos. Quien tiene un vecino sabe tras unas semanas que entre semana llega a casa hacia las seis menos media y los lunes no hasta las siete, sin haber decidido nunca fijarse en ello. Quien oye una melodía por primera vez suele poder tararearla ya a la segunda.

Un patrón es una condensación (cap. 2.4). En lugar de catorce horas de llegada sueltas se recuerda una regla: entre semana seis y media, los lunes siete. Para qué hace falta se nota donde falta. Una indicación de ruta con veinte giros no la retiene nadie; se pregunta por el patrón, «siempre por la calle principal, al final a la izquierda» (DE: „immer der Hauptstraße nach, am Ende links“), y donde no se encuentra ninguno, solo queda anotarlo.

En la ciencia lo mismo se ve más grande. Las observaciones que Tycho Brahe había reunido durante décadas sobre la órbita de Marte eran miles de ángulos e instantes. Johannes Kepler encontró en ellas una regla: el planeta recorre una elipse en cuyo foco está el Sol. De una tabla que nadie podía retener en la cabeza salió una frase de la que podía recuperarse cada punto de la tabla, y con más exactitud que con cualquier regla anterior.

A diferencia de los órdenes del capítulo anterior, un patrón no se elige. Puede elegirse a qué se atiende, a las horas de llegada del vecino y no al color de su chaqueta; que en ese respecto algo se repita no depende de la elección. El respecto sigue siendo elegido, la repetición se encuentra.

5.2 Encontrado o hecho

Objeción: Los patrones no están ahí fuera esperando ser reconocidos. Quien oye jazz por primera vez oye ruido; tras algún tiempo oye ritmo, retorno, respuesta, y de pronto tiene sentido. El patrón ha surgido solo al oírlo. Se crean patrones al reconocerlos.

Réplica: En el jazz puede comprobarse si eso es así. Los músicos tocan según una forma: vuelven al tema tras un número fijo de compases, se responden unos a otros, mantienen un tempo. El oyente que tras algún tiempo oye eso ha aprendido lo que hacen. Si hubiera creado el patrón, podría oírlo igualmente en cualquier otro ruido. Eso no se logra, al menos no del mismo modo. Se pueden ver caras en las nubes y oír voces en el ruido de una radio; pero esos patrones no pueden continuarse. La nube no hace lo que una cara haría a continuación, y la voz en el ruido no dice una segunda frase. El patrón del jazz, en cambio, puede continuarse: quien lo ha oído sabe cuándo vuelve el tema.

Es cierto en la objeción que los patrones se aprenden y que no se oyen antes de haberlo aprendido. Es cierto también que el respecto en el que se escucha viene del oyente. Pero que un patrón pueda ser falso muestra que no lo hace el reconocer. Lo que existiera solo por mi reconocer no podría fracasar en nada. La cara en la nube fracasa en el minuto siguiente.

El patrón no está, pues, simplemente ahí, ni lo hace el oyente. El respecto lo aporta él, la repetición viene de la cosa, y si ambas cosas encajan lo muestra el compás siguiente.

5.3 Donde un patrón queda abierto

La serie 1, 2, 4: ¿cómo continúa? La mayoría dice 8, porque el número se duplica cada vez. Pero 7 encaja igual: las distancias crecen de uno en uno, primero uno, luego dos, luego tres. Ambas reglas explican todo lo que hay, y solo se separan en el miembro siguiente. Más miembros no ayudan en principio. A toda serie finita

le corresponden arbitrariamente muchas reglas que la continúan, y los casos por sí solos no deciden entre ellas.

La objeción que puede construirse sobre esto tiene aún un segundo lado. También un patrón que está establecido no sigue siendo lo que era cuando se aplica a algo nuevo. La palabra «familia» se reconoce en cada uso. Pero cada caso nuevo que se subsume bajo ella, la familia reconstituida, la vivienda compartida de dos viudas, desplaza lo que significa. Si es así, ¿no es el reconocimiento de patrones fundamentalmente inseguro, un reconocer que nunca sabe si ha reconocido lo correcto?

Es inseguro, y ningún método cambia eso. Solo que de ahí no se sigue que nada decida entre las reglas. Quien quiere saber si viene 8 o 7 pregunta de dónde procede la serie. Si cuenta bacterias que se dividen, es 8. Si procede de un plan de entrenamiento que cada semana añade un paso más que en la anterior, es 7. El patrón no se reconoce a partir de los números solos, sino de los números y de aquello de lo que tratan. Donde tampoco eso decide, decide el próximo caso. Quien entonces reaprende no ha perdido el patrón, sino que solo ahora lo ha encontrado. Con la palabra pasa algo parecido: que «familia» se desplaza se nota en que un caso nuevo provoca disputa. En este punto se prueba el patrón.

Un patrón es, por eso, una anticipación que tiene que probarse a sí misma en el caso siguiente, no una constatación.

La objeción en su primera forma se conoce por las reflexiones de Ludwig Wittgenstein sobre el seguir reglas, en la segunda por el pensamiento de Jacques Derrida sobre la iterabilidad: un signo que se repite es en cada nuevo contexto un poco otro.

5.4 Demasiado grueso, demasiado fino

Un patrón puede fallar de dos maneras en lo que debe condensar. Puede ser demasiado grueso: quien se ha quedado con que el vecino llega entre semana a las seis y media se extraña durante dos semanas ante la ventana oscura, hasta que recuerda que son vacaciones. Y puede ser demasiado fino: quien se queda con cada hora de llegada al minuto, 17.28, 17.34, 17.31, tiene catorce números en vez de una regla y está tan listo como antes.

Entre ambos no hay un término medio que pueda indicarse de una vez por todas. Cuán grueso puede ser un patrón depende de para qué se lo necesita. A quien quiere pedirle un favor al vecino le basta «hacia la tarde»; quien quiere entregarle un paquete necesita la media hora. Es de nuevo el primer estándar

del cap. 2.5, la pregunta para la que se condensa. Un patrón es bueno si para su pregunta conserva tanto como ella exige y, donde ya no sostiene, fracasa de modo reconocible.

5.5 En qué fracasa el patrón

El vecino llega los lunes a las siete. ¿Por qué? Quizá los lunes tiene una reunión por la tarde, quizá los lunes va al deporte, quizá visita a su madre. Mientras no importe, es indiferente; el patrón se sostiene aunque no se pueda explicar. Importa, sin embargo, en cuanto algo cambia. Si cambia de empleo, la reunión desaparece y con ella el patrón, el deporte no. Si el patrón sigue valiendo, solo lo sabe quien sabe por qué vale.

En ello radica el límite de todos los órdenes de esta parte. El respecto dice a qué se atiende, la serie y el compartimento dicen adónde pertenece algo, el patrón dice qué vuelve. Ninguno dice por qué es así. El patrón es el que más se acerca a ello, porque se encuentra en la cosa. Pero solo dice *que* algo se repite, y por eso no puede decir bajo qué condiciones dejará de hacerlo.

5.6 Retrospectiva de la primera parte

¿Por qué tiene esta parte precisamente estas etapas, y por qué en esta sucesión?

Todo orden pone esto con aquello, y para ello necesita algo a lo que atender. Por eso el respecto está al comienzo: es la condición de todo orden, y sin él solo hay disposición (cap. 3.1). La manera más simple de usar un respecto es clasificar según él: según un rasgo y, donde uno no basta, según varios, anidados. Es el orden en series y compartimentos. Toma de la cosa solo el rasgo y deja fuera todo lo demás. En la cosa misma se muestra, sin embargo, que algo vuelve; donde un orden sigue ese retorno, ya no está meramente aplicado desde fuera. Es el patrón.

La sucesión es la de un orden que se acerca cada vez más a la cosa. El respecto es elegido, la serie sigue el respecto elegido, el patrón se encuentra en ella. La sucesión no puede invertirse, pues cada etapa presupone la anterior: un patrón es una repetición en un respecto, y quien forma una serie ya tiene un respecto.

Objeción: Los niños reconocen patrones mucho antes de clasificar o buscar por el alfabeto. La sucesión está al revés.

Réplica: La sucesión no es una historia del aprendizaje, sino una de dependencia. También el niño que reconoce un patrón atiende a algo, a la voz de la madre y no al rumor del tráfico; sin ese respecto no habría para él nada que se repita. Que no lo haya elegido, sino que lo traiga consigo, no cambia nada. Y que los patrones se aprendan antes que el alfabeto solo muestra que el orden encontrado es más antiguo que el aplicado desde fuera. Para la pregunta de cuánto sabe un orden de la cosa, es indiferente.

A las tres etapas les es común que dicen qué va junto, y no por qué. En eso fracasan, y no solo en los casos difíciles, sino ante cualquier cambio: quien no sabe por qué algo va junto no sabe si seguirá junto cuando cambien las circunstancias. Eso pregunta la segunda parte.

PARTE II: POR QUÉ VA JUNTO

CAPÍTULO 6: PRINCIPIO

6.1 Lo que produce un patrón

Alguien abre la ducha, el agua está fría, gira hacia caliente. Sigue fría, sigue girando. Entonces sale caliente, demasiado caliente, gira hacia atrás, y un rato después vuelve a estar demasiado fría. Tras tres o cuatro rondas tiene la temperatura que quería. Eso es un patrón: un vaivén entre demasiado caliente y demasiado frío que vuelve en cualquier ducha ajena.

¿Por qué oscila? Porque el agua que acaba de mezclar sale por la alcachofa solo tras unos segundos. Regula según lo que siente, y lo que siente es el agua de hace unos segundos. Cada corrección llega tarde y por eso se pasa del objetivo. Con ello se ha indicado algo que produce el patrón: un círculo de medir y regular en el que el efecto de un ajuste llega con retraso a quien mide. Dondequiera que un círculo así trabaja con retraso y corrige con más fuerza de lo que el retraso permite, surge la misma oscilación. Una calefacción cuyo sensor está en mal sitio calienta de más y enfría de más. Un mercado en el que los criadores orientan su cría según el precio de hoy, que solo actuará dentro de un año, produce años de abundancia y años de escasez.

Lo que produce un patrón se llamará aquí *principio*, del latín para comienzo, origen. Un principio es de nuevo una condensación, pero de otra clase que el patrón. El patrón recoge muchos casos en una regla; el principio recoge muchos patrones en un fundamento de su surgir. La ducha, la calefacción y el mercado tienen patrones distintos, tiempos distintos, oscilaciones distintas. El principio es en todos el mismo.

6.2 Generalización y principio

No toda proposición general es un principio. «La práctica hace al maestro» (DE: „Übung macht den Meister“) recoge muchas experiencias, y casi siempre es verdad. Pero no dice por qué actúa la práctica, y por eso tampoco cuándo no actúa:

cuando se practica lo equivocado, cuando se practica sin respuesta, cuando se practica agotado. Es una generalización, un patrón de gran alcance.

El principio de la retroalimentación retardada, en cambio, dice bajo qué condiciones aparece la oscilación y bajo cuáles no. Si el efecto llega sin retraso, nada oscila; quien está ante una ducha con tubería corta acierta la temperatura a la primera. Si se regula en pasos más pequeños y se espera, la oscilación se debilita. El principio no dice solo, pues, qué ocurre, sino también qué hay que cambiar para que ocurra otra cosa. Y puede aplicarse a casos que nunca se han visto. Quien lo ha comprendido espera ante un regulador con retraso largo una oscilación antes de haberla observado.

El principio dice aún más. Si la corrección no actúa contra la desviación, sino en su dirección, nada oscila, todo se amplifica. El micrófono que capta su propio altavoz silba cada vez más fuerte; el banco del que todos retiran su dinero porque otros lo retiran se vuelve insolvente. El mismo círculo de medir y regular produce, según la dirección, dos patrones opuestos, y por la dirección puede predecirse cuál se dará.

El patrón de las órbitas planetarias del cap. 5.1 ha encontrado su fundamento de la misma manera. Que los planetas recorren elipses lo había constatado Kepler; por qué, lo dijo solo un principio que explicaba también la piedra que cae y las mareas: la atracción de las masas, que disminuye con el cuadrado de la distancia. De él se siguieron las elipses de Kepler, y se siguió más, a saber, que no cuadran del todo, porque los planetas se perturban unos a otros.

Con ello puede distinguirse un principio de una generalización. La generalización dice qué coincidió en los casos conocidos. El principio dice qué lo produce y, por eso, también dónde termina.

6.3 Cuando un principio lo explica todo

Una persona dona anónimamente una gran parte de sus ingresos. La explicación por la maximización de la utilidad no tiene dificultad con ello: obtiene más satisfacción de donar que del dinero. Otro vive como ermitaño sin posesiones y maximiza su calma. Un tercero sacrifica su vida por un extraño; para él pesó más la sensación de obrar bien. El principio encaja cada vez.

Objeción: Sobre esto puede construirse una objeción contra toda búsqueda de principios. Un principio que se confirma en todo explica lo nuevo reduciéndolo a lo conocido. Lo que no parece una variación de lo conocido se reinterpreta hasta que lo es. La realidad produce, sin embargo, constantemente lo nuevo, un acto,

una forma de vida, una idea que antes no parecía posible. Para eso precisamente, dice la objeción, vuelve ciega la búsqueda de principios.

Réplica: La objeción acierta, pero acierta en algo determinado. La retroalimentación retardada del comienzo del capítulo predice que un círculo de regulación con retraso demasiado largo empieza a oscilar. Eso puede comprobarse, y donde no ocurre, la explicación no es correcta. La maximización de la utilidad en la versión que explica por igual al donante, al ermitaño y al salvador no puede fracasar en ningún ser humano. No dice lo que alguien hará, sino que interpreta a posteriori lo que hizo. Un principio vale tanto como los casos que excluye. Si ya no excluye ninguno, no es un principio, sino un modo de hablar.

Con ello lo nuevo tiene una señal distintiva: es aquello en lo que fracasa un principio acreditado. Quien busca principios que pueden fracasar no queda ciego para lo nuevo. Solo él tiene un órgano para ello.

La ciencia conoce este curso. Cuando la órbita de Urano se desvió de lo que exigía la atracción de las masas, se supuso otro planeta desconocido, se calculó dónde tendría que estar y se encontró allí a Neptuno. Cuando la órbita de Mercurio se desvió en una cantidad ínfima, se intentó lo mismo, y esta vez no se encontró nada. La desviación persistió hasta que una nueva teoría de la gravedad la explicó. Era visible solo porque el viejo principio era lo bastante exacto para fracasar en ella.

Que lo nuevo no ha de pensarse como variación de algo ya conocido, sino como diferencia con derecho propio, es el pensamiento rector de *Difference and Repetition* de Gilles Deleuze.

6.4 En qué fracasa el principio

El principio explica por qué una ducha con tubería larga oscila. Si *esta* ducha oscila esta mañana, no lo dice. Para eso hay que saber cuán larga es su tubería, cuánto estaba ya abierto el grifo, si quien se ducha espera con paciencia o gira con prisa, si el acumulador de agua caliente está lleno. El principio es general; el caso es este, y lo que en él ocurre depende del principio y de sus condiciones.

En ello radica la carencia del principio, la contrapartida de su fuerza. Como prescinde de las condiciones, vale en muchos casos; como prescinde de ellas, no explica ninguno por entero. Quien quiere saber por qué aquí y ahora ocurrió lo que ocurrió necesita el principio y las condiciones juntos. Ambos juntos se llamarán fundamento.

CAPÍTULO 7: FUNDAMENTO

7.1 Vacío, arbitrario, suficiente

Una planta de interior ha muerto. ¿Por qué?

La primera respuesta que se ofrece es: simplemente no era viable. Suena como un fundamento y no dice nada. «No viable» solo significa que ha muerto, con otro nombre. Tales respuestas son más frecuentes de lo que se piensa; quien dice que alguien fracasó porque no estaba a la altura de la presión a menudo ha dicho solo lo mismo dos veces. Un fundamento que meramente repite la cosa es vacío.

La segunda respuesta nombra otra cosa: no se la regó. Eso dice algo, pero no basta. El cactus de al lado tampoco fue regado y vive. Y la planta de la vecina fue regada, cada semana, y murió igualmente, porque la maceta no tenía agujero y las raíces estaban en agua. El no regar es una condición entre otras, y quien la destaca ha destacado una; por qué precisamente esa, no lo dice. Un fundamento que toma una condición por el todo es arbitrario↑.

La tercera respuesta reúne las condiciones: esta planta necesita agua cada semana; estuvo en agosto en la ventana sur, donde la tierra se seca en tres días; durante tres semanas no hubo nadie que regara. Aquí nada está destacado, y aquí entra algo que la segunda respuesta había saltado: qué clase de planta es. El cactus habría aguantado las mismas tres semanas porque es un cactus. La constitución de la cosa misma es una condición, y a menudo la más importante. Un fundamento que reúne todas las condiciones, incluida la cosa, se llamará suficiente.

Vacío, arbitrario, suficiente: cada etapa remedia la carencia de la anterior. La respuesta vacía no dice nada nuevo; la arbitraria dice algo, pero no bastante; la suficiente dice qué tuvo que concurrir para que ocurriera lo que ocurrió.

7.2 Cuánto es suficiente

Objeción: Un fundamento suficiente↑ es inalcanzable. Entre las condiciones está que el sol brillaba, que la Tierra gira, que existen plantas de interior. Quien quisiera nombrar todas las condiciones no llegaría a ningún fin.

Réplica: No llegaría a ningún fin si tuviera que nombrar todas las condiciones bajo las cuales algo ocurre en absoluto. Pero lo que se pregunta es por qué murió *esta* planta, y eso significa: por qué murió y no vivió como el verano anterior, como el cactus de al lado. Una condición que fue igual en ambos casos no explica la diferencia. El sol también brilló el verano anterior. Suficiente es un fundamento que indica qué fue distinto en un caso respecto del caso con el que se lo compara. Eso es finito, y puede comprobarse: si alguien hubiera regado, o si la planta hubiera estado en la ventana norte, habría vivido.

Eso hace depender el fundamento suficiente de la pregunta con qué caso se compara, y así suele entenderse la pregunta. Quien pregunta por qué murió la planta quiere decir casi siempre: a diferencia de lo que se esperaba. Y quien quiere decir otra comparación obtiene otro fundamento, sin que ninguno de los dos sea falso. Falso sería solo presentar como fundamento de la diferencia una condición que fue igual en ambos casos.

7.3 El silogismo

Hay una forma de fundamentar tan antigua y conocida que a menudo se toma por el fundamentar sin más: el silogismo. Todos los hombres son mortales; Sócrates es un hombre; por tanto Sócrates es mortal. Quien admite las dos primeras proposiciones tiene que admitir la tercera.

El silogismo no dice nada sobre si las primeras proposiciones son verdaderas. Asegura el tránsito, no el punto de partida. Por eso no es una clase propia de fundamento junto al suficiente↑, sino la forma en que puede escribirse un fundamento suficiente: si esta planta necesita agua semanal y en tres semanas no recibió ninguna, entonces murió. El «entonces» es seguro en cuanto el «si» está completo. Si lo está, el silogismo no lo dice; comprobarlo es el trabajo que distingue el fundamentar del mero inferir. También un silogismo válido solo fundamenta si el miembro que une sus dos primeras proposiciones da en la cosa. Quien concluye que la rosa es roja, que todo lo rojo es bello, que por tanto la rosa es bella, ha concluido válidamente; con «espinosa» como eslabón habría

llegado igual de válidamente a lo contrario. Un eslabón que la cosa meramente también tiene es el fundamento arbitrario del cap. 7.1 con otra figura.

7.4 A quién sirve un fundamento

Una terapia no surte efecto, y la clínica anota: el paciente no tomó los medicamentos como se le prescribió. Es cierto. No se anota que es trabajador por turnos y que debía tomar las pastillas tres veces al día en ayunas, lo cual no podía conciliarse con sus turnos. El fundamento indicado es verdadero, y es justamente el fundamento que exculpa a la clínica.

Objeción: De ello se sigue una objeción contra todo el arte de fundamentar. Los fundamentos los eligen quienes los dan, y estos tienen intereses. Una fundamentación puede ser formalmente impecable, apoyarse en hechos y servir sin embargo a una dominación, eligiendo qué hechos cuentan. Quien fundamenta sistemáticamente, dice la objeción, solo perfecciona la herramienta con que eso ocurre.

Réplica: Es cierto en ello lo doble: la elección de los fundamentos es ella misma una acción que hay que examinar. Y a ese examen pertenece la pregunta de a quién beneficia un fundamento. Pero ¿mediante qué se hizo visible el defecto en el ejemplo? Mediante otro fundamento, el horario de turnos. La crítica a la fundamentación de la clínica es ella misma una fundamentación, y la más completa. No discute que las pastillas se tomaron mal. Muestra bajo qué condiciones ocurrió y quién habría podido cambiarlas.

En el lenguaje de este capítulo: la clínica ha dado un fundamento arbitrario↑, una condición verdadera destacada, y la elección recayó donde no le dolía. La sospecha de que un fundamento sirve a alguien no pone, por tanto, fin al fundamentar. Le da una tarea: buscar las condiciones que faltan. Solo vuelca en aquello que critica donde rehúye esa tarea y del provecho de un fundamento concluye ya su falsedad.

Que la razón misma puede convertirse en instrumento de dominación lo desarrollaron Max Horkheimer y Theodor W. Adorno en *Dialectic of Enlightenment*.

7.5 El fundamento en la cosa

Entre las condiciones por las que murió la planta había una de otra clase que las demás: qué clase de planta es. La ventana sur, agosto, las tres semanas sin

regar son circunstancias; podrían haber sido distintas, y la planta habría sido la misma. Que necesite agua semanal no es una circunstancia. Pertenece a ella, y si cambia, es otra planta.

Con ello puede saldarse lo que el cap. 3.2 tuvo que dejar abierto. Allí se decía que esencial es aquello de lo que depende el resto, pero qué significa «depender» quedó sin aclarar. Ahora puede decirse: algo depende de otra cosa cuando esta está entre sus fundamentos. Esencial en una cosa es la parte de sus fundamentos que pertenece a ella misma y no a sus circunstancias. En el libro era el texto: de él se siguen contenido, estructura y valor para el lector, sea cual sea la cubierta en que esté. Y también la segunda pregunta abierta del cap. 3.2 recibe una respuesta, la pregunta de como qué se toma una cosa. Se la toma como aquello cuyos fundamentos se buscan. El lector busca los fundamentos de lo que el libro le da y encuentra el texto; el coleccionista busca los fundamentos de lo que vale este ejemplar y encuentra entre ellos la sobrecubierta.

7.6 En qué fracasa el fundamento singular

Mientras se pregunta por el fundamento de un acontecimiento singular↑, basta con tener las condiciones reunidas. Distinto es cuando se pregunta por el fundamento de un múltiple: por qué esta planta tiene hojas, tallo y raíces y precisamente estos; por qué de ella hay veinte variedades; por qué brota en primavera y se retira en otoño. Aquí no hay que explicar un acontecimiento, sino un todo, y el fundamento ya no es una serie de condiciones, sino lo que la cosa misma es: un ser vivo que necesita luz, agua y suelo para mantenerse. A partir de él se hacen comprensibles las partes, las variedades, las estaciones.

Un fundamento así ya no ordena meramente desde fuera ni constata solo lo que vuelve. Estructura un todo a partir de lo que es. Cómo ocurre eso y de cuántas maneras lo pregunta la tercera parte.

7.7 Retrospectiva de la segunda parte

¿Por qué están aquí precisamente principio y fundamento, y por qué en esta sucesión?

La primera parte terminó con la pregunta de por qué algo va junto. Esa pregunta puede responderse en dos etapas. Puede indicarse qué produce un patrón en general, sea donde sea que aparezca: el principio. Y puede indicarse por qué ha

aparecido aquí y ahora: el fundamento, que reúne el principio con sus condiciones. La sucesión no puede invertirse, pues el fundamento suficiente↑ contiene el principio como una de sus condiciones, la que está en la cosa; el principio, en cambio, no necesita el caso singular↑.

Objeción: Pero se pregunta primero por el fundamento del caso singular, por qué murió mi planta, y solo más tarde, si acaso, por principios.

Réplica: Así se pregunta, y no hay que proceder así. La sucesión de esta parte es, como la de la primera, una de dependencia. Quien indica el fundamento suficiente de la planta muerta dice que necesita agua semanal: un principio de su clase, lo llame así o no. El fundamento del caso singular es la formación más rica, y por eso está en segundo lugar.

Ambas etapas dicen por qué algo va junto. Ninguna de las dos dice cómo está construido un todo que consta de muchos miembros que han de hacerse todos comprensibles a partir del mismo fundamento. Para eso hace falta un orden que ya no explique casos singulares, sino que estructure un todo.

PARTE III: CÓMO ESTÁ CONSTRUIDO UN TODO

Lo que esta parte trata, cómo se divide un objeto, cómo se distinguen clases, cómo se comprueba una estructura, fue en su día materia escolar. La lógica, tal como se enseñó durante siglos, tenía tres partes: la doctrina del concepto, la del juicio y la del silogismo. La primera trataba de definición, división y la relación entre género y especie.

Esta doctrina ha desaparecido, y no porque hubiera sido refutada. Ha sido triturada entre dos sucesoras, ninguna de las cuales la recoge. La teoría de conjuntos determina un conjunto por sus elementos. Eso es preciso y potente, y no contiene ninguna determinación de orden: una enumeración de cosas cualesquiera es un conjunto como cualquier otro, y si una división es adecuada a la materia no puede preguntarse en este lenguaje. La lógica formal está desarrollada de modo mucho más fino que todo lo que tenía la lógica más antigua en el enlazar proposiciones. Pero comienza con proposiciones hechas con conceptos hechos. Cómo de un objeto inabarcable surgen los conceptos con los que luego puede calcularse no es su objeto.

Entre ambas está el trabajo del que aquí se trata. No puede formalizarse, pero no es arbitrario↑: hay estructuras mejores y peores, y puede indicarse en qué se muestra.

Un todo puede interrogarse de varios modos; cada pregunta da otra estructura. La primera está lo más cerca de lo que la primera parte ya conocía, el clasificar: ¿qué tipos hay?

CAPÍTULO 8: CLASES



Figura 1: El símbolo de las clases: tres formas separadas, sin marco. La distancia entre ellas lleva el significado.

8.1 La ballena

Durante mucho tiempo la ballena se tuvo por pez. Vive en el agua, tiene forma hidrodinámica y aletas, nada. Hoy se tiene por mamífero: respira aire, es de sangre caliente, pare crías vivas y las amamanta. Ambas divisiones están hechas por rasgos. ¿Por qué es mejor la segunda?

Los rasgos según los cuales se dividía antes a la ballena dependen del hábitat. Quien vive en el agua y se mueve deprisa adquiere una forma hidrodinámica, sea pez, mamífero o ave; también el pingüino la tiene. Tales rasgos son consecuencias de las circunstancias y por eso aparecen en animales muy distintos. Los rasgos según los cuales se divide hoy a la ballena aparecen juntos, y no por azar. Sangre caliente, respiración pulmonar y amamantamiento de las crías los tiene la ballena en común con los animales terrestres de los que desciende; los conservó cuando sus antepasados entraron en el agua, aunque allí resulten más bien un estorbo. No se siguen de las circunstancias, sino de lo que ella es.

Con ello se retoma lo que el cap. 7.5 encontró. Una buena división divide según lo que pertenece a los fundamentos de una cosa, no según lo que pertenece a sus circunstancias. La ballena no fue reclasificada porque alguien prefiriera otro respecto, sino porque se mostró qué rasgos se siguen de cuáles. Esa es la diferencia con el orden en compartimentos del cap. 4: allí el rasgo era elegido. Aquí se busca, de modo que puede errarse.

Un orden por clases se llamará *clasificación*. Su pregunta es: ¿qué clases hay? Sus miembros están uno junto a otro, se excluyen y no surgen unos de otros: un perro es una clase de mamífero, no una etapa de este.

8.2 Correcta y buena

Para las divisiones valen las reglas que ya conocían los compartimentos (cap. 4.2). En una etapa el rasgo no debe cambiar; las clases de una etapa deben excluirse entre sí y cubrir juntas todo lo que se divide. La forma más estricta que puede darse a estas reglas es la dicotomía: se divide un todo según un rasgo en lo que lo tiene y lo que no lo tiene, y se divide cada mitad de nuevo así. Lo corpóreo y lo incorpóreo, lo corpóreo en animado e inanimado, lo animado en sintiente y no sintiente. La dicotomía es sin lagunas, pues lo que no es lo uno es lo otro.

La dicotomía tiene un precio. Obliga a todo objeto a una sucesión de decisiones sí-no. Pocos objetos están construidos así. Y es desigual: una mitad está determinada por un rasgo, la otra solo por su ausencia. «No sintiente» no dice qué es una cosa, sino solo qué le falta, y lo que solo así se divide se trata fácilmente como resto. La división de los seres vivos, tal como la biología la lleva a cabo hoy, no paga ese precio. No divide en dos, sino en tantos miembros como hay: un orden se descompone en tantas familias como sean, una familia en tantos géneros como sean. Y cambia el rasgo de etapa en etapa. Lo que distingue en una etapa ya no distingue en la siguiente, y lo que allí separa era indiferente más arriba. Eso no infringe la regla, pues en cada etapa singular↑ el rasgo sigue siendo el mismo. Se adapta al objeto: en los seres vivos no hay ningún rasgo único que separe en todas las etapas, y quien lo fuerza obtiene una división formalmente correcta que no explica nada.

En ello se muestra la diferencia entre una división correcta y una buena. Es correcta si los miembros se excluyen entre sí y cubren el todo. Es buena si los límites pasan por donde el objeto mismo hace diferencias, es decir, si el rasgo no solo separa, sino que da en algo. Quien ordena sus libros por colores ha dividido correctamente, siempre que cada libro tenga un color, y no ha captado nada del libro.

Detrás hay algo que va más allá de la división. Una determinación es lo que es por lo que excluye. «Mamífero» solo significa algo porque hay animales que no son mamíferos. Una división es, por eso, el intento de trazar límites donde algo empieza a ser otro, y fracasa, sin contener ningún error lógico, cuando traza los límites en lugares en que la cosa no tiene ninguno.

8.3 Donde el objeto no traza límite

¿Dónde acaba el naranja y dónde empieza el rojo? Ponga cien tonos de color uno junto a otro, del amarillo puro al rojo puro, cada uno apenas distinguible

de su vecino. En algún sitio tendría que trazar una línea, y toda línea habría que fundamentarla: ¿por qué aquí y no un tono más allá? Las lenguas la trazan de modo distinto. Algunas no tienen ninguna palabra propia para el naranja.

Objeción: Tales transiciones no existen solo en los colores. Entre colina y montaña, entre niño y adulto, entre una especie y aquella de la que desciende no hay una línea, sino un proceso. Una clasificación que aquí forma clases traza límites que en el objeto no se dan, y obliga a cada cosa a un lado o al otro. Hace violencia al proceso y presenta la violencia como orden.

Réplica: La regla del apartado anterior contiene ya la réplica. Buena es una división cuyos límites pasan por donde el objeto mismo hace diferencias. Donde no las hace, hay dos caminos honrados. Se puede señalar el límite como convención: se es mayor de edad a los dieciocho, no porque ese día ocurra algo, sino porque en algún sitio se necesita un límite. O no se clasifican cosas, sino grados. Se vuelve deshonrada la clasificación solo cuando trata un límite convenido como si fuera hallado.

Los casos límite no refutan, pues, el clasificar. Dan información sobre dónde el objeto no hace corte, y donde se acumulan se sabe que la división es en ese punto convención.

El problema es antiguo. Los griegos lo conocían como la falacia del montón: ningún grano que se quite hace de un montón un no-montón, y sin embargo al final no queda ninguno.

8.4 Cuando el dividir no cesa

Quien ha aprendido a dividir puede exagerar. Pasea con un amigo, y mientras el amigo cuenta, él va clasificando: ahora profesión, ahora familia, ahora ambas. Escucha para clasificar, y lo que el amigo quiere decir se le pierde, porque no cabe en ninguna de sus clases. La clasificación ya no tiene aquí una pregunta a la que sirva. Ordena porque puede.

La compulsión a dividir tiene un fundamento comprensible. Quien puede asignar algo a una clase sabe qué esperar de ello; lo no clasificado, en cambio, inquieta. Pero la expectativa que proporciona una clase solo es tan buena como la clase. Quien ha asignado a una persona a una clase tras tres frases solo oye, a partir de la cuarta, lo que encaja en ella. La frase «No sé de qué caso se trata» (DE: „Ich weiß nicht, was für ein Fall das ist“) es por eso a menudo el comienzo del comprender, no su fracaso.

8.5 En qué fracasa la clase

Quien sabe que la ballena es un mamífero sabe mucho de ella: que respira aire, que amamanta a sus crías, que tiene sangre caliente. Cómo trabaja su corazón, cómo es su pulmón, cómo puede contener tanto tiempo el aire, no lo sabe con ello todavía. La clase dice qué tiene la ballena en común con otros y en qué se distingue de ellos. No dice cómo está construida.

Ese es el límite de la clasificación. Sus miembros están uno junto a otro, cada uno un todo para sí, y la división concierne a la relación entre ellos, no al interior de cada uno. Un corazón es parte del perro, pero no una clase de perro. Quien quiere saber cómo está construida una cosa singular↑ tiene que plantear otra pregunta: ¿de qué consta?

CAPÍTULO 9: PARTES



Figura 2: El símbolo de las partes: una única forma cerrada, diferenciada en su interior.

9.1 Dos descomposiciones de una bicicleta

Una bicicleta puede descomponerse de dos maneras. Se puede descomponer según el material: acero, aluminio, goma, plástico, algo de cuero en el sillín. Esta descomposición es completa, cada pieza cae bajo un material, y para el punto de reciclaje es la correcta. Pero también se puede descomponer según lo que hace: un cuadro soporta, dos ruedas ruedan, una transmisión lleva la fuerza de las piernas, los frenos detienen, un manillar guía. Esta descomposición es igual de completa, y para quien quiere comprender o reparar la bicicleta es la correcta.

La segunda descomposición tiene algo que la primera no tiene: dice por qué son precisamente estas partes. Un vehículo que una persona mueve con su propia fuerza tiene que llevarla, rodar, transmitir la fuerza, poder detenerse y ser guiado. Si falta una de ellas, no es una bicicleta utilizable; una rueda sin freno es peligrosa, una sin manillar va derecha a la curva siguiente. Las partes se siguen de aquello para lo que existe el todo. La descomposición según el material, en cambio, no dice nada de la bicicleta que no valdría también para un montón de chatarra.

Un orden por partes se llamará *composición*, del latín para ensamblaje; donde se trata de textos, se dice sobre todo estructura. Su pregunta es: ¿de qué consta? A diferencia de las clases, las partes no son cada una un todo para sí; son miembros de un único todo y solo en él son lo que son. Un manillar que no cuelga de ninguna bicicleta no guía nada.

9.2 Qué hace buena una estructura

La misma distinción vale para toda estructura. Quien ha de dar una conferencia sobre un gran tema puede estructurar según la historia, según las subdisciplinas, según las aplicaciones o según las cuestiones controvertidas. Cualquiera de estas estructuras es posible, solo que cada una plantea una pregunta distinta al tema. Cuál es la correcta depende primero de lo que la conferencia deba lograr: es de nuevo el respecto del cap. 3. Pero dentro de cada una de estas estructuras las hay mejores y peores. Una estructura por subdisciplinas que solo enumera sus subdisciplinas es peor que una que muestra por qué el campo se descompone precisamente en estas partes.

El número de las partes lo fija la cosa, no el deseo de un número redondo. Una bicicleta tiene tantas partes como tareas ha de cumplir; un cuerpo tantos órganos como prestaciones necesita. Quien quiere dividir a toda costa una conferencia en tres puntos porque tres puntos se recuerdan bien tiene un fundamento, pero uno del oyente, no de la cosa. Eso puede ser legítimo; solo no debería confundirse con una información sobre el tema.

9.3 Cuando la estructura se vuelve más importante que lo estructurado

También el estructurar puede exagerarse. Quien prepara una conferencia y, en lugar de ocuparse del contenido, piensa durante horas si deben ser tres o cuatro puntos principales y si el apartado 3.2.1 no se llamaría mejor 3.1.2 ha separado la estructura de lo estructurado. Una estructura es visible y puede mostrarse, comprobarse, mejorarse. Un pensamiento es más difícil de captar, sobre todo porque a menudo surge solo al escribir. Por eso el trabajo en la estructura es una cómoda huida del trabajo en el pensamiento.

El remedio es sencillo e incómodo: desarrollar primero el contenido y obtener la estructura de él. Una estructura que surge del contenido tiene quiebres donde el contenido tiene quiebres. Esa es su ventaja. Una estructura que estaba fijada antes del contenido es lisa y no dice nada de él.

9.4 La estructura de un libro de no ficción

Un libro de no ficción es una composición con una sola serie (cap. 4.3): lo que quien escribe ve en paralelo ante sí, el lector tiene que leerlo sucesivamente. Sus partes son capítulos, y cada uno debe tener una tarea que se siga del todo, como el freno del circular. Un capítulo que podría suprimirse sin que al hilo del pensamiento le falte nada no es una parte, sino un apéndice.

Tres errores vuelven tan regularmente al estructurar libros de no ficción que pueden reconocerse como patrón. Se acumulan donde los textos surgen en gran cantidad y deprisa, y más que nada donde los escriben programas. El primero es el mismo plano de construcción para cada capítulo: arranque, aclaración de conceptos, tres subclases con fortalezas y debilidades, objeción, solución, transición. Un plano así está fijado antes del contenido y dice de él tanto como la descomposición de la bicicleta según el material: cada capítulo cabe en él, trate de lo que trate. El segundo es la lista en el lugar de la transición. Quien pone tres puntos uno debajo de otro no tiene que decir cómo el segundo se sigue del primero, y justamente esas transiciones habrían sido el argumento. El tercero es el anuncio: un párrafo dice lo que el capítulo mostrará, en lugar de mostrarlo, y al final otro dice lo que ha mostrado.

La contraprueba es la misma que con la bicicleta. ¿Puede decirse de cada capítulo por qué está en este lugar y qué entrega al siguiente? ¿Puede decirse en cada transición en qué fracasó lo anterior o qué dejó abierto? Entonces la estructura está obtenida del contenido. Si no puede decirse, está puesta sobre él por la fuerza, y el lector lo nota a más tardar en el tercer capítulo, que se parece al segundo.

9.5 En qué fracasa la descomposición

El manillar guía solo en la bicicleta. Pero también la bicicleta solo rueda sobre una calle, con una persona encima que pedalea, guía y frena. El freno tiene su tarea solo en relación con la calle, cuya pendiente y humedad determinan con qué fuerza debe agarrar. Y el sillín está ajustado para esta persona; para otra hay que subirlo o bajarlo. Las partes de la bicicleta son partes de un todo que a su vez solo en conexión con otra cosa es lo que es.

La misma pieza puede además pertenecer a varios todos. El corazón es parte de este cuerpo, y tras un trasplante es parte de otro. Un empleado es parte de su departamento, de su familia y de su club, y en cada uno es otra parte. La

descomposición de un todo dice de qué consta; con qué se relacionan él y sus partes, no lo dice. Eso lo pregunta el orden siguiente.

CAPÍTULO 10: CONEXIONES

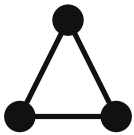

Figura 3: El símbolo de la relación: varias formas unidas por líneas.

10.1 Todo se relaciona

Quien recibe la oferta de un nuevo empleo en otra ciudad no piensa solo en el empleo. Piensa en la familia, que tendría que mudarse o quedarse, en el alquiler de la nueva ciudad, en los amigos, en el colegio de los hijos, en el trayecto al trabajo, en los padres, que se hacen mayores. Cada una de estas vinculaciones es real, cada una se relaciona de nuevo con otras. El alquiler depende de la ubicación, la ubicación del trayecto, el trayecto del tiempo que queda para los hijos.

Un orden que sigue tales vinculaciones se llamará *relación*, del latín para vínculo. Su pregunta es: ¿con qué se relaciona? No ordena ni por clases ni por partes, sino que anuda hilos; su trama es el orden.

La dificultad de este orden se muestra enseguida. Hay vinculaciones sin límite, y todo se relaciona de algún modo con todo. Quien quiere decidir sobre el empleo no puede seguir cada vinculación. Tiene que saber cuáles sostienen. Para ello ayuda distinguir las vinculaciones según cómo se relacionan.

10.2 Tres clases de conexión

Algunas vinculaciones son meramente observadas. Quien tiene más formación gana de media más: eso lo muestran las cifras. Por qué, no lo muestran. Quizá la

formación hace posible el mayor ingreso; quizá ambos tienen una causa común, por ejemplo el origen, que facilita tanto la formación más larga como mejores empleos. Una conexión así se llamará *factual*. Es real, pero no dice cómo se produce.

Otras vinculaciones son efectos. El retraso en la tubería hace oscilar la ducha (cap. 6.1); el interés encarece el crédito, y el crédito caro frena la construcción de viviendas. Una conexión así se llamará *funcional*↑. Dice qué actúa sobre qué, y con ello también qué cambia si se interviene.

Otras vinculaciones más residen en lo que las cosas son. Comprador y vendedor se relacionan porque el uno sin el otro no sería lo que es; quien compra, compra a alguien. Una conexión así se llamará *conceptual*. No necesita ser observada ni producida; quien comprende la cosa la comprende con ella.

Las tres clases se confunden fácilmente, y la mayoría de las falacias del pensamiento relacional son tales confusiones. Quien de la cifra de que los formados ganan más concluye que la formación eleva el ingreso ha tomado una conexión fáctica por una funcional. Puede tener razón; no lo ha demostrado.

10.3 Árbol y red

Los órdenes de la primera parte daban a cada cosa un lugar. El escrito del cap. 4.3 yacía en una carpeta, y lo que habría pertenecido a dos lugares faltaba en el segundo. Un orden por conexiones no tiene por qué. Puede vincular la misma cosa con muchas.

Quien hoy ordena archivos tiene ambas cosas a su disposición y suele usar ambas. El árbol de carpetas es jerárquico: cada archivo está en exactamente un lugar, y quien lo busca recorre el camino desde arriba. La indexación por palabras clave no lo es: el mismo archivo lleva cualquier número de marcas, y quien lo busca accede por una de ellas. El árbol sirve donde una cosa pertenece inequívocamente a alguna parte y se conoce el camino. Las marcas sirven donde una cosa interesa bajo varios respectos y no se sabe bajo cuál se la buscará después.

Las bibliotecas han desarrollado para la segunda forma una doctrina propia, la clasificación facetada. En lugar de ordenar un objeto una vez, lo describe según varios ejes independientes, material, procedimiento, lugar, tiempo, y admite toda vinculación. Un árbol con cinco rasgos tendría cinco etapas y una sucesión fija; el orden por facetas tiene cinco ejes y ninguna sucesión. En la programación se encuentra la misma oposición. La herencia es un árbol: una clase hereda de

una superclase, y lo que vale arriba vale para todo lo de debajo. Se sostiene mientras las cosas estén en un orden, y resulta inservible en cuanto una cosa está determinada a la vez bajo varios respectos. La respuesta son bloques que pueden ensamblarse: en lugar de preguntar qué es algo, se determina qué puede hacer, y las capacidades se combinan.

La cuestión del cap. 4.3 no queda con ello resuelta, solo desplazada. Marcas, ordenaciones y filtros arbitrarios↑ solo existen donde alguien ha previsto y construido los campos para ello, para los datos en general y para estos datos en particular↑. Un archivo sin campo para el remitente no puede filtrar por remitentes, por ágil que sea en lo demás. Qué respectos cuentan ya no se decide entonces al archivar, sino al construir el sistema. La decisión se toma una vez, para todos los casos futuros, y por eso se pasa por alto más fácilmente que la del registrador, que tenía que elegir de nuevo ante cada escrito.

La misma pregunta se plantea donde no se ordenan escritos, sino tareas. Un Estado las reparte entre ministerios y organismos, una empresa entre departamentos, y cada tarea tiene así exactamente un lugar. Las conexiones de la cosa no se atienen a ello. Una carretera nueva afecta al tráfico, al aire, a la salud y al presupuesto, y cada cartera ve en ella aquello de lo que es competente. Quien reúne las partes solo en la cúspide, en el consejo de ministros o en la ronda de jefes de departamento, ve únicamente lo que alguna de las carteras ya ha visto; lo que queda entre ellas no está en ninguna carpeta. Por eso las administraciones tienden sobre el árbol de sus competencias una red: grupos de trabajo comunes, obligaciones de hacer participar a otras instancias, unidades que miran al conjunto transversalmente a todas. Lo bien que sostiene se decide, como en el archivo, al construirla, en las conexiones que están previstas.

Árbol y red no son, pues, cosmovisiones entre las que haya que elegir. Son formas de orden con distintas fortalezas, y la elección depende del objeto y del fin. Quien ordena un código legal necesita univocidad y toma el árbol. Quien cataloga literatura de investigación necesita acceso múltiple y toma marcas. Quien necesita ambas cosas toma ambas, y la mayoría de los sistemas hacen exactamente eso.

10.4 Cuando una relación se lee mal

En un barrio se registran más delitos que en los demás. La cifra es correcta. Suele leerse como afirmación sobre los habitantes: allí se es simplemente más criminal. Que en ese barrio también se controla más y por eso se descubre más desaparece

en esa lectura. Y la lectura actúa: donde se supone más criminalidad, se controla más, y la siguiente estadística confirma la anterior.

Objeción: De ello puede obtenerse una objeción contra el pensamiento relacional. Quien constata relaciones no solo constata. Elige qué vinculaciones se trazan y sugiere cómo han de leerse. Así una red de conexiones puede hacer aparecer como natural un orden de las cosas, precisamente porque cada vinculación singular↑ es correcta.

Réplica: La objeción describe exactamente el error contra el que se hizo la distinción de las tres clases de conexión. Entre el barrio y la cifra de delitos registrados hay una conexión fáctica. Leerla como funcional↑, como efecto de los habitantes sobre la cifra, exige una prueba que la cifra no proporciona. Se encubre no porque se piensen relaciones, sino porque una clase de relación se presenta por otra. Lo que falta se muestra en cuanto alguien traza la línea omitida: del control al registro, y del registro de vuelta al control.

La crítica de una red de relaciones es, pues, ella misma pensamiento relacional, y más exacto. Pregunta de qué clase es una vinculación y traza la que falta.

Que saber y poder no son exteriores el uno al otro, sino que se producen mutuamente, es un pensamiento central en la obra de Michel Foucault.

10.5 Cuando todo se relaciona con todo

Quien quiere comprar una cafetera puede vincular la decisión con las condiciones de trabajo en las plantaciones, con el consumo de electricidad, con los residuos de las cápsulas, con el espacio en la cocina, con el gusto de los invitados y con el presupuesto doméstico de los próximos años. Cada una de estas vinculaciones es legítima. Quien las sigue todas no compra ninguna cafetera.

El pensamiento relacional tiene su propia exageración, una que parece rigor. Quien ve muchas conexiones parece listo y responsable, y a menudo lo es. Pero tras el vincular puede esconderse el temor a decidir: mientras haya una vinculación sin considerar, no hay que decidir. La pregunta que ayuda contra ello no es con qué se relaciona algo, sino qué conexiones sostienen en este punto. Es de nuevo el respecto del cap. 3, ahora aplicado a la red.

10.6 En qué fracasa la red

Una red muestra con qué se relaciona algo, pero lo muestra en un instante. Quien describe una disputa en un departamento, quién participa, quién es aliado de quién, quién reprocha qué a quién, ha dibujado una red, quizá incluso completa. Aun así, todo el que la oye pregunta: ¿cómo empezó esto? La red de hoy no es la del año pasado, y quien solo conoce la de hoy ve las posiciones, pero no por qué están así, ni que una vez estuvieron de otro modo.

Los tres órdenes de esta parte tienen eso en común. Clases, partes y conexiones mantienen quieto a su objeto. Preguntan qué es, de qué consta, con qué se relaciona, y presuponen que entretanto no cambia. En muchos objetos eso no perjudica; una caja de herramientas puede dividirse sin que el tiempo importe en ello. En otros es el error mismo. Quien lo advierte plantea la pregunta siguiente: ¿qué se mueve, y según qué?

Para seguir leyendo: *La ética – El bien que ya hacemos* (2026), Cap. 15.8, *La organización* (2026), Cap. 3

CAPÍTULO 11: PROCESOS

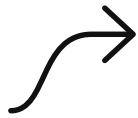

Figura 4: El símbolo del proceso: una trayectoria curva con punta de flecha. Curva, porque una flecha recta afirma progreso donde solo se quiere decir el proceso.

11.1 Cómo empezó

La pregunta «¿cómo empezó esto?» (DE: „Wie hat das angefangen?“) busca algo que falta en la descripción de la disputa: el proceso. Descrito como estado, un conflicto parece una disposición de posiciones. Descrito como proceso, muestra por qué las posiciones están así.

Lo mismo vale en otros ámbitos. Las molestias de un enfermo dan una imagen, pero a menudo solo su proceso da un diagnóstico: si la fiebre vino de golpe o subió despacio, si vuelve cada tres días. En un edificio con grietas, la posición de las grietas dice menos que la manera en que han crecido. Y quien quiere saber qué significa una palabra discutida comprueba cómo llegó a significarlo.

Un orden según el proceso se llamará brevemente *process*, con el extranjerismo ya naturalizado. Su pregunta es: ¿qué se mueve, y según qué?

11.2 Cuándo una cosa solo puede captarse como proceso

No todo objeto exige esta pregunta. Una caja de herramientas puede dividirse sin que el tiempo importe en ello; el alfabeto igual. La pregunta que decide es: ¿cambia lo que algo es por el hecho de que pase el tiempo?

En un martillo no. Se desgasta, pero sigue siendo un martillo. En un ser humano sí: un niño no es un adulto pequeño, sino otra cosa, y la descripción que vale para uno yerra al otro. En una institución igualmente: un club en el año de su fundación y el mismo club cien años después no son lo mismo con otros socios.

Donde la respuesta es sí, una estructura que inmoviliza el objeto no es meramente incompleta. Describe un estado y lo presenta por la cosa.

11.3 Según qué se mueve algo

Que algo cambie no es todavía un orden; todo cambia. Un orden según el proceso surge solo cuando se indica según qué. «Primero era así, luego así, luego así» (DE: „Erst war es so, dann so, dann so“) es una enumeración de estados, no una estructura. Es la misma exigencia que ya tenían que cumplir las clases y las partes: una división que no nombra su rasgo no lo es, y un proceso que no nombra su principio, tampoco.

Los principios son distintos, y pueden distinguirse algunos. Algo crece: hay más de lo que es, sin cambiar de clase, como una colección o un patrimonio. Algo madura: recorre etapas que surgen unas de otras y no son intercambiables, como un organismo, una destreza, una comprensión. Algo vuelve: el movimiento regresa sin que el estado cambie en conjunto, como las estaciones o la alternancia de tensión y recuperación. Algo se intensifica hasta que vuelca: el cambio es de más o menos, hasta que en un umbral se vuelve de clase, como el agua que se congela o una disputa que se agrava. Y algo se desintegra: pierde lo que lo mantenía unido, y las partes quedan.

Quien quiere ordenar un proceso busca su principio y a menudo encuentra varios que se relevan. Una disputa se intensifica hasta volcar; después vuelve en forma más suave; en algún momento la relación se desintegra, o madura. La estructura consiste entonces en nombrar las transiciones, no las estaciones.

11.4 El ritmo

Una forma del movimiento merece especial atención porque afecta al propio ordenar. Quien piensa mucho tiempo en una cosa nota una alternancia entre dos movimientos. En uno recoge: se abre al material, hace entrar puntos de vista, deja que se vuelva inabarcable. En el otro ordena: condensa, decide, omite.

Ambos movimientos son necesarios, y ambos tienen su tentación. Quien se queda en el recoger nunca llega a un resultado; siempre tiene aún otra fuente. Quien ordena demasiado pronto tiene un resultado que no resiste al material. La alternancia viene de la cosa: ordenar presupone material, y recoger material solo merece la pena mientras el orden existente ya no lo abarque. El ritmo es la forma de movimiento de un hacer que necesita ambas cosas y no puede ambas a la vez.

En lo mayor vuelve lo mismo, como en una escalera de caracol: el comprender regresa a las mismas preguntas, pero una vuelta más arriba. Lo que años atrás parecía aclarado muestra nuevos lados, no porque la comprensión anterior fuera falsa, sino porque entretanto quien comprende ha visto más. También eso es un proceso con un principio: cada regreso trae consigo lo que se ha añadido desde el anterior.

11.5 Cuando las clases son etapas

En algunos objetos las clases que se distinguen son a la vez las etapas que se producen unas a otras.

La escritura es un ejemplo. Pueden dividirse las escrituras según lo que un signo representa: una cosa, una palabra, una sílaba, un sonido. Es una división por clases: cada escritura puede examinarse para ver a qué clase obedece. Es a la vez, a grandes rasgos, una sucesión en el tiempo, y una con fundamento. Una escritura que necesita un signo propio para cada palabra necesita miles de signos; quien empieza a usar signos por su sonido para otras palabras necesita menos, y quien descompone el sonido hasta los sonidos singulares↑ se las arregla con unas pocas docenas. Cada clase resuelve un problema de la anterior.

Quien separa esto pierde algo. Quien lee las clases de escritura solo temporalmente tiene una crónica sin fundamento: una cosa siguió a otra, sin más. Quien las lee solo como clases tiene una división sin fundamento: hay cuatro, sin más, y que aparecieran en esa sucesión sería azar. Leídas juntas resulta un tercer elemento. Las clases son etapas porque cada una está formada sobre aquello en lo que fracasó la anterior. Y eso es una información sobre el objeto, no sobre el método: donde clases y etapas coinciden, se tiene que ver con algo que se desarrolla a partir de un problema.

11.6 Dos órdenes a la vez

Que valgan a la vez dos modos de ordenar ocurre a menudo, de dos maneras distintas. En la escritura, uno interviene en otro: las clases *son* las etapas, y ambas solo se comprenden juntas. Una guía de una ciudad, en cambio, suele tener tres partes: la historia de la ciudad, sus barrios y sus atractivos por clase, museos, iglesias, parques. Son tres preguntas al mismo objeto, una por el proceso, una por las partes, una por las clases, y se suceden porque un índice solo conoce una serie (cap. 4.3). En el primer caso una cosa interviene en la otra, en el segundo una yace junto a la otra. Quien confunde ambos casos toma o bien una mera vecindad por una conexión interna, o bien pasa por alto una que existe.

11.7 En qué fracasa el proceso

Un proceso muestra cómo ha llegado a ser algo y puede indicar según qué. Pero donde clases y etapas coinciden, muestra más de lo que él mismo puede explicar. Por qué cada clase de escritura está formada justamente sobre el problema de la anterior no lo dice la sucesión de las etapas; solo muestra que fue así. La pregunta que aquí se plantea va más allá del proceso: ¿hay un orden en el que los miembros resulten de un único fundamento, de modo que el orden mismo diga por qué son precisamente estos miembros y por qué en esta sucesión?

CAPÍTULO 12: AUTODESARROLLO



Figura 5: El símbolo del autodesarrollo: un triángulo en el que hay otro invertido, cuyas puntas tocan los puntos medios de los lados. La misma figura se repite en cada una de sus partes.

12.1 Los números

Los números con los que se aprende a calcular en la escuela tienen clases: naturales, enteros, racionales, reales. Pueden aprenderse de memoria como los nombres de ciudades. Pero también puede verse por qué existen.

Con los números naturales, uno, dos, tres, se puede contar y sumar, y de modo que toda suma cuadra. La resta no siempre cuadra: tres menos cinco no es un número natural. Para que cuadre se necesitan los números negativos, y con ellos los enteros. Con los enteros toda resta cuadra, pero no toda división: siete entre tres no es un número entero. Para que cuadre se necesitan las fracciones, los números racionales. Con ellos toda división cuadra, pero no toda extracción de raíz: ningún número racional da dos al multiplicarse por sí mismo. Para que cuadre se necesitan números nuevos; los números reales no solo cierran esta laguna, sino todas las lagunas de la recta numérica. Y el juego sigue: también entre ellos no hay ninguno cuyo cuadrado sea menos uno.

Este orden tiene algo que ninguno de los anteriores tenía. Dice por qué son precisamente estas clases: cada una surge de que un cálculo no cuadra en la anterior. Dice por qué están en esta sucesión: ninguna puede formarse antes de la anterior, pues solo en ella se muestra el cálculo que no cuadra. Y dice lo que tienen todas en común: son números con los que se puede calcular, cada clase una manera de hacer el cálculo más completo. Las clases son aquí a la vez etapas

que se construyen unas sobre otras, como en la escritura (cap. 11.5). Solo que la sucesión no es aquí la de la historia, pues que la raíz de dos no es una fracción se sabía mucho antes de los números negativos. Es la sucesión de la construcción, y su fundamento está a la vista: la única exigencia de que el cálculo cuadre.

12.2 Universal, particular, singular

En los números pueden distinguirse tres lados que vuelven en todo orden de esta clase. Hay un universal que es lo mismo en todos los miembros: el cálculo, que debe cuadrar. Hay lo particular↑, en lo que se articula el universal: las clases de números. Y hay lo singular, en lo que el todo se hace real: este número, la raíz de dos, un tercio, menos cinco. Las particularizaciones no están colgadas desde fuera al universal; se siguen de él en cuanto se lo considera bajo determinadas condiciones, aquí: bajo la condición de que un determinado cálculo cuadre.

Lo mismo puede mostrarse en una cosa que no procede de las matemáticas. Lo universal de una democracia es que los gobernados determinan el gobierno. Cómo ocurre eso depende de condiciones. En una comunidad cuyos ciudadanos caben en una plaza, pueden deliberar y votar ellos mismos. En un país de millones no pueden, y así eligen representantes. Las clases de democracia, la directa y la representativa, no son, pues, formas arbitrarias que llevan casualmente el mismo nombre; son lo universal bajo distintas condiciones. Y real la democracia se vuelve siempre solo como singular: en esta asamblea comunal, en este parlamento, con estas personas.

Un orden en el que lo particular resulta de lo universal bajo condiciones y se hace real en lo singular se llamará aquí *self-unfolding*, porque en él la cosa produce sus miembros desde sí misma. Es de nuevo lo que el cap. 7 llamó fundamento suficiente↑: lo universal con sus condiciones. Lo nuevo es que el fundamento aquí no explica un acontecimiento singular, sino todo un campo articulado.

Para el universal que así produce sus particularizaciones desde sí, y para el todo así articulado, la lengua tiene dos palabras antiguas que en la vida cotidiana usa más débilmente. El universal se llama el *concepto* de una cosa. Habitualmente se llama así ya a una palabra con su significado; pero quien tiene el concepto del número no solo conoce la palabra, ve por qué hay números naturales, enteros, racionales y reales. El todo cuyos miembros pueden comprenderse así a partir de un fundamento se llama un *system*. Habitualmente se llama así a todo orden fijo, también a un archivo. Pensar sistemáticamente significa en este libro algo

más: ordenar una cosa de modo que pueda decirse por qué sus miembros son estos y, donde no pueda decirse, saber también eso (cap. 12.3).

Experimento 5: La prueba de la sustracción

Intente explicar un concepto rico, por ejemplo democracia, con solo dos de los tres lados: primero solo con universal y singular, luego solo con universal y particular, por último solo con particular y singular. ¿Qué falta en cada caso?
Los tres intentos fracasan de distinto modo. Solo universal y singular: «Democracia significa que los gobernados determinan el gobierno; aquí hay cincuenta ejemplos.» (DE: „Demokratie heißt, dass die Regierten die Regierung bestimmen; hier sind fünfzig Beispiele.“) Falta lo que articula los ejemplos; por qué parecen tan distintos queda sin explicar. Solo universal y particular: «La democracia se articula en directa y representativa.» (DE: „Demokratie gliedert sich in unmittelbare und vertretende.“) Falta el caso; se tiene una vista de conjunto y no se sabe si la asamblea de anoche entra en ella. Solo particular y singular: «Hay parlamentos, consejos, referendos, asambleas ciudadanas…» (DE: „Es gibt Parlamente, Räte, Volksabstimmungen, Bürgerversammlungen …“) Falta lo que los mantiene unidos; se tienen muchas formas y no se sabe por qué llevan el mismo nombre.

Los tres lados no son una regla según la cual todo tendría que tener tres partes. El número de clases y partes lo determina la cosa (cap. 9.2); los números tienen más de tres clases, la democracia tiene dos formas fundamentales. Los tres lados son tres maneras en que una y la misma comprensión tiene que estar en la cosa, si ha de ser completa: en lo universal, en sus particularizaciones y en el caso.

12.3 Hasta dónde sostiene

Los números son el caso más favorable. Sus clases pueden derivarse por completo de lo universal y de la exigencia de que el cálculo cuadre, y en cada número singular↑ todo lo que es se sigue de su determinación. En otros objetos el autodesarrollo sostiene menos.

En los seres vivos algo puede comprenderse. Que un animal que vuela tenga que ser de constitución ligera se comprende por el volar; que un herbívoro tenga el intestino más largo que un carnívoro, por la alimentación. Pero por qué hay

precisamente estas clases de mariposas y no otras no se comprende a partir de ningún universal; eso tiene una historia, y está llena de azares. En la registratura del cap. 4.3 el autodesarrollo no sostiene en absoluto. Que haya una carpeta «Madre» y una «Impuestos» no se sigue de ningún concepto de archivo, sino de la vida de quien archiva.

De ahí se sigue una regla para el ordenar. Donde una estructura resulta de un universal, debe exponerse de modo que se vea. Donde no resulta, el orden sigue siendo exterior, y hay que saberlo, en lugar de darle una apariencia de necesidad. La mayoría de los objetos están entre ambos extremos: sus grandes rasgos pueden comprenderse, en la ramificación ulterior se pierde la intelección.

12.4 Cómo se encuentra un universal

En los números, el universal está a la vista. En la mayoría de los objetos hay que buscarlo, y la búsqueda tiene una forma que puede aprenderse. Se fija el universal a modo de ensayo, se comprueba si las particularidades pueden entenderse a partir de él, y se corrige la determinación hasta que lo consigue.

La comprobación se hace en dos lugares. Uno son los casos límite: ¿esto todavía pertenece? ¿Esto ya no? ¿Dónde queda poco claro? El otro es la amplitud: ¿qué formas distintas hay dentro de los límites, y cuáles son las extremas? En la astronomía se consideró durante mucho tiempo planeta lo que gira en torno al Sol y es lo bastante grande para ser visto como una esfera. Cuando más allá de Neptuno se encontraron cada vez más cuerpos, algunos casi tan grandes como Plutón y uno incluso más pesado, hubo que llamarlos a todos planetas o cambiar la determinación. Los astrónomos la cambiaron en 2006: un planeta debe haber despejado además su órbita de otros cuerpos. Plutón quedó así fuera. El caso límite había hecho más exacto el universal, y la nueva determinación dice por qué los ocho planetas forman un tipo propio: dominan sus órbitas, mientras que los demás las comparten con muchos.

Los casos límite no los encuentra solo la ciencia. Los encuentra cualquiera que vacila al usar una palabra. Alguien llama democrática a una votación, y algo en uno se detiene: podían votar todos, pero ¿sabían todos sobre qué votaban? ¿Podía cada uno decir lo que pensaba? ¿Dependía el resultado de la votación, o estaba decidido de antemano en otro lugar? En esa vacilación la palabra se ha convertido en una pregunta, y en ella se pone a prueba la determinación del cap. 12.2, según la cual los gobernados determinan el gobierno. No era falsa, pero sí demasiado tosca, pues determinar significa más que votar. Supone que se sabe

sobre qué se decide, que se puede hablar y que la decisión está realmente en manos de quienes votan. La vacilación no es, por tanto, una falta de claridad. Es el lugar en que el concepto se vuelve más exacto, y quien pasa de largo sobre ella conserva la palabra y deja el concepto como estaba. Donde uno mismo no vacila, a menudo vacila otro, porque conoce otros casos; algunos casos límite solo se descubren en la conversación. La determinación más exacta está mejor fundada que la más tosca, porque responde a aquello en que esta se atascaba. No es la única posible: quien parte de otros casos quizá precise de otro modo lo que significa que los gobernados determinen el gobierno, por ejemplo así: que puedan librarse de un gobierno sin violencia.

Ambas comprobaciones se afinan mutuamente. Un nuevo caso límite obliga a concebir el universal con mayor exactitud, y el universal así concebido ordena de nuevo las formas. La búsqueda termina cuando se ha encontrado una determinación a partir de la cual pueden entenderse tanto los límites como la amplitud. Termina de manera provisional, pues el próximo caso límite puede volver a abrirla.

12.5 Conceptos que cambian su objeto

Quién cuenta como desempleado lo decide una definición. ¿Cuenta quien está en una formación? ¿Quien trabaja dos horas a la semana? ¿Quien ha abandonado la búsqueda? Según la respuesta, la cifra sube o baja, sin que en la situación de una sola persona haya cambiado nada. La definición, sin embargo, repercute. Quien deja de contar recibe otras prestaciones y otras cartas de la oficina, y quizá pronto se ve a sí mismo de otro modo.

Objeción: Los conceptos no describen simplemente lo que hay. Fijan qué cuenta como qué, y en las personas cambian lo que fijan. Un diagnóstico, una categoría de la estadística, una denominación para un grupo producen personas que se reconocen en ella y son tratadas según ella. ¿No es entonces la formación de conceptos una forma de poder que se presenta como conocimiento?

Réplica: El hallazgo es correcto, y en las personas pesa más que en las cosas: una piedra no cambia si se la clasifica de otro modo, una persona quizá sí. Solo que por eso el concepto no moldea arbitrariamente a su objeto. Las personas que abarca le responden. Discuten que les convenga, se escapan por sus mallas, se vuelven distintas de lo que él preveía. Un concepto que contribuye a moldear a su objeto no encuentra menos resistencia que uno sobre piedras. Encuentra una que puede hablar.

De ahí se sigue un deber, no una exculpación. Donde un concepto repercute, debe comprobarse más a menudo, y los afectados pertenecen a aquellos en los que debe dejarse probar. Son los casos límite del cap. 12.4 que pueden contradecir.

Que conceptos y órdenes del saber producen lo que parecen describir lo ha investigado Michel Foucault en la locura, la enfermedad y el castigo. Cómo las categorías repercuten sobre las personas que abarcan lo ha descrito con más precisión Ian Hacking.

12.6 El autodesarrollo y los otros cuatro

El autodesarrollo no está junto a los otros modos de ordenar, sino que los recoge en sí. Lo universal se articula hacia fuera en clases: las clases de números, las formas de democracia. Se articula hacia dentro en partes: a la democracia representativa pertenecen elecciones, un parlamento, un gobierno responsable ante él – cada una de estas partes con una tarea que se sigue de lo universal. Entre los miembros hay conexiones, y conceptuales↑: el parlamento es lo que es solo en relación con los electores y con el gobierno. Y donde las particularizaciones surgen unas de otras, como en los números, de los que cada clase se forma sobre la anterior, las clases son a la vez etapas, sea en la historia o solo en la construcción.

Los otros cuatro modos de ordenar plantean cada uno una pregunta a la cosa. El autodesarrollo pregunta por qué las respuestas a esas cuatro preguntas resultan como resultan. Por eso está al final. No es un quinto modo junto a los cuatro, sino el orden en el que los cuatro tienen su fundamento, donde lo tienen.

Para este recoger hay una palabra que dice tres cosas a la vez: donde los cuatro tienen su fundamento en el autodesarrollo, están en él *superado*. Ya no valen entonces solo para sí, pues su fundamento está en este orden. Se conservan en él, pues las clases de números siguen siendo clases y las partes de la democracia partes. Y están en él más arriba, porque ahora se ve por qué resultan como resultan. Sublar en este triple sentido, terminar, conservar y elevar, es un movimiento fundamental del pensamiento. *La verdad* (2025) lo muestra donde se resuelve una contradicción; aquí se muestra en cómo un orden recoge a los otros en sí.

Para seguir leyendo: *La verdad*, Cap. 8

CAPÍTULO 13: ¿QUÉ ORDEN ES MEJOR?

13.1 La pregunta adecuada

Quien está ante una situación inabarcable no plantea las cinco preguntas una tras otra. Plantea la que le falta, y lo que le falta suele mostrarse antes de poder nombrarlo. Quien no sabe con qué tiene que ver pregunta por la clase: ¿qué clase de caso es este, conozco otros parecidos? A quien es demasiado de una vez, lo descompone: ¿de qué partes consta esto, qué parte causa la dificultad? A quien algo le parece colgar en el aire, pregunta por las conexiones: ¿con qué se relaciona esto, a quién más afecta? A quien una descripción le parece correcta y sin embargo no da en el blanco, pregunta por el proceso: ¿cómo surgió esto, desde cuándo va así? Y a quien un orden le parece cuadrar sin fisuras y sin embargo arbitrario↑, pregunta por el fundamento: ¿por qué precisamente estos miembros?

Un orden no surge por plantear todas las preguntas, sino por plantear la correcta. A veces basta una. Quien quiere saber en qué carpeta pertenece un asunto no necesita una historia del asunto. A veces hacen falta varias, y entonces se engranan: cómo se divide un objeto cambia lo que aparece como su parte, y cómo se lo descompone cambia qué conexiones se hacen visibles.

13.2 Tres etapas

Cuando son posibles dos órdenes del mismo objeto, ¿cuál es preferible? La respuesta tiene tres etapas y vale para todos los modos de ordenar.

La primera es el captar. Un orden es mejor cuanto más del objeto acomoda: pocas clases bajo las que caen muchos casos sin que quede resto; pocas partes a partir de las cuales se comprende el todo. Es la condensación del cap. 2.4.

La segunda es el conservar aquello en lo que todo consiste. Captar solo no basta, pues entonces la condensación más fuerte sería la mejor, y el cap. 2.4 ha mostrado que no lo es. Un orden que acomoda todo allanando las diferencias en

las que todo consiste ha captado mucho y no ha explicado nada. En qué consiste todo lo determina primero la pregunta (cap. 2.5, 3.2) y luego, donde se encuentra un fundamento, la cosa (cap. 7.5).

La tercera es el explicar a la vez el propio principio. Un buen orden no dice solo qué miembros hay, sino que deja reconocer por qué son estos. Eso lo logra el autodesarrollo, por grados (cap. 12.3). Donde no se logra, el orden sigue siendo exterior, y entonces es mejor decirlo que encubrirlo.

También un orden que todavía no conoce su principio puede ser más que exterior. Cuando Dmitri Mendeleev ordenó en 1869 los elementos conocidos por su peso atómico y los colocó unos bajo otros de modo que los elementos de propiedades parecidas cayeran en la misma columna, quedaron huecos. Los dejó abiertos, predijo que allí faltaban elementos e indicó qué peso y qué propiedades tendrían que tener. En los diecisiete años siguientes se encontraron tres de ellos, galio, escandio y germanio, y encajaron. Por qué la tabla está construida precisamente así no lo sabía Mendeleev; eso lo mostró solo la constitución de los átomos. Pero su orden indicaba dónde le faltaba algo, y en ello se acreditó como más que una disposición cómoda.

Un mal orden se reconoce en que prolifera. Para cada caso nuevo necesita una categoría nueva, para cada desviación una excepción, para cada contraejemplo un caso especial. Capta entonces todo y no explica nada. No puede fracasar en ningún caso, porque para cada uno crea un lugar. Un orden que explica a la vez su principio, en cambio, puede aplicarse a casos que no estaban presentes al formarlo, e indica cuando un caso no encaja. Justo en ese punto se aprende de él.

Qué pensar del número de miembros se sigue de ello. Rara vez es lo decisivo. Donde un orden distingue clases o partes, la cosa fija el número, sea grande o pequeño. Distinto es donde un orden traza cómo una determinación se hace más exacta. Allí resultan tres miembros: una primera formulación que coincide a grandes rasgos con la cosa; un caso límite en el que ambas se separan sin separarse del todo; y una formulación más exacta que vuelve a coincidir y ahora lleva a cabo lo que el caso límite mostró. Así pasó la determinación del planeta en el cap. 12.4, por los cuerpos más allá de Neptuno, a una más exacta, una vuelta más arriba, como en la escalera de caracol del cap. 11.4. Estos tres miembros los tiene todo movimiento del pensamiento en que una determinación se hace más exacta, no toda estructura: un proceso en la cosa puede crecer, volcar o desintegrarse sin seguirlos (cap. 11.3). Y cada uno de los tres puede articularse a su vez; entonces son más, sin que el movimiento cambie. Quien discute sobre el número discute por eso casi siempre sobre la pregunta equivocada. Lo que hay

que comprobar no es si son tres o cuatro, sino si cada miembro sostiene algo y si juntos no falta nada.

13.3 Remisiones

Ningún orden acomoda cada cosa en cada lugar al que pertenece, y ninguna exposición puede mostrarlo todo a la vez (cap. 4.3). Lo que falta en un segundo lugar puede traerse mediante una remisión. Pero las remisiones no son todas de la misma clase, y quien las crea debe saber de qué clase es la suya.

Dos lugares de un orden pueden relacionarse de dos maneras: por su posición en el orden o por la cosa de que tratan. Por la posición se relacionan cuando ocupan en su estructura el mismo lugar, por ejemplo cuando cada uno es el primer miembro de una división en tres o cada uno es la etapa en la que fracasa un orden. Es un parentesco de forma, no de contenido, y solo dice algo donde la posición misma dice algo, es decir, en órdenes que muestran su fundamento. En el alfabeto no dice nada que dos palabras estén en el mismo lugar de su página.

Por la cosa se relacionan dos lugares de tres maneras. Puede ser la misma cosa la que aparece en dos lugares porque el orden la recorre en dos respectos: el escrito bajo «Impuestos» y bajo «Madre». Puede ser la misma cosa en distinto desarrollo, de modo que un lugar anticipa lo que el otro lleva a cabo, o el posterior recoge lo que el anterior comenzó. Y puede ser que dos lugares determinen la misma cosa de modo distinto, que se contradigan. Esta última remisión es la más rara y la más instructiva, pues en ella se muestra dónde un orden todavía no está de acuerdo consigo mismo.

Más maneras no se ven aquí. Los lugares se relacionan por la forma o por el contenido; si por el contenido, este es el mismo, el mismo en otro desarrollo o uno contradictorio. Si esta división es completa debe mostrarse en remisiones que no encajen en ninguna de las cuatro.

Las remisiones mejoran el acceso (cap. 2.3): acortan el camino de un lugar a otro. Pero también cuestan, pues hay que crearlas y mantenerlas, y una remisión a un lugar que ya no existe es peor que ninguna.

Puede construirse un orden también enteramente de remisiones: páginas unidas solo por remisiones cruzadas, sin índice y sin serie. Quien sabe lo que busca llega rápido. Quien no lo sabe sigue una remisión tras otra y al final no sabe ni lo que ha visto ni qué más hay. Las remisiones dan acceso; el panorama lo da la serie o el árbol del que se ramifican.

13.4 Ordenar en la investigación y al escribir

En biología, la sistemática pregunta qué clases hay; la anatomía, de qué consta un ser vivo; la fisiología y la ecología, con qué se relacionan sus partes y él mismo; la biología del desarrollo y la teoría de la evolución, cómo ha llegado a ser. Y la teoría de la evolución da, donde sostiene, el fundamento de por qué hay precisamente estas clases con precisamente estas partes. Es el lugar en el que la biología explica a la vez su división, y su límite está donde el cap. 12.3 lo encontró, en el azar de la historia. Las cinco preguntas estructuran, pues, no solo objetos, sino ciencias enteras.

Quien investiga puede comprobar con ello qué pregunta está planteando en cada momento. Más de una disputa en las ciencias es una entre dos preguntas, como la describió el cap. 3.2. El sistemático↑ que pregunta adónde pertenece una especie y la ecóloga que pregunta qué hace en su hábitat pueden estar en desacuerdo sobre la misma especie sin que ninguno de los dos se equivoque.

Quien escribe se enfrenta a la misma elección y tiene que tomarla en una serie. Un manual puede estructurarse por clases, por partes, por conexiones, por la historia o a partir de un pensamiento fundamental, y a menudo necesita varios, uno tras otro o uno dentro de otro (cap. 11.6). Buena es la estructura cuya sucesión puede fundamentarse: la que da al lector en cada punto lo que necesita para el siguiente, y que al final puede decir por qué estaba construida así. Este libro lo intenta en sus retrospectivas.

13.5 Retrospectiva sobre la tercera parte

¿Por qué son precisamente estas cinco maneras de ordenar, y por qué en esta secuencia?

Cada una ha partido de aquello en lo que fracasaba la anterior. Los tipos están unos junto a otros y no dicen cómo está construida la cosa singular↑; las partes lo dicen, pero son partes solo junto con su exterior; las conexiones muestran ese exterior, pero en un instante; el proceso muestra el tiempo y, donde tipos y estadios coinciden, muestra algo que se desarrolla a partir de un fundamento sin nombrar ese fundamento mismo; el autodesarrollo lo nombra. La secuencia comienza donde la primera parte había terminado, en el clasificar, ahora según rasgos que se siguen de la cosa. Termina en el orden que indica por qué sus miembros son estos.

Objeción: Podría empezarse igualmente por las conexiones. Todo es lo que es solo en relación con otra cosa; los tipos y las partes son nodos de una red; la red es lo primero.

Respuesta: Una red tiene nodos, y los nodos tienen que ser algo para que algo se tienda entre ellos. Quien pone las conexiones al comienzo tiene que tener ya los miembros que enlaza, y como tipos o como partes. Es correcto que los miembros solo se entienden del todo en sus conexiones. Lo muestra la propia secuencia: las partes fracasaban precisamente porque solo son lo que son con su exterior. Pero que algo solo se entienda del todo en sus conexiones no significa que antes de ellas no fuera nada.

Una segunda objeción: Hay otras maneras de ordenar. Se puede ordenar por el lugar, como un mapa, o por el rango, como una tabla de tamaños, precios o valores.

Respuesta: El mapa ordena partes de un espacio y sus vecindades; es un orden por partes y conexiones cuyo rasgo es el lugar. El orden jerárquico es una división según un rasgo que admite grados y pertenece a los tipos, más exactamente a lo que el cap. 8.3 ha dicho sobre grados en lugar de cosas. Que todo orden pueda reducirse a las cinco no está así demostrado. Las cinco son las que han resultado en este recorrido y las que hasta ahora se han probado a sí mismas. Quien encuentre una sexta que no pueda reducirse a ninguna de ellas, tiene un hallazgo que cambia esta estructura.

PARTE IV: LO QUE CUESTA EL ORDEN

CAPÍTULO 14: CONDENSAR Y PERDER

14.1 Tres etapas de la condensación

El cap. 2.4 ha llamado al ordenar un condensar y dejó abierta la pregunta de qué se pierde con ello. Entretanto pueden distinguirse tres etapas de la condensación; el libro ha pasado por las tres.

La primera condensa observaciones en patrones. En lugar de catorce horas de llegada del vecino, se retiene una regla (cap. 5.1). La segunda condensa patrones en principios y fundamentos. En lugar de las oscilaciones de la ducha, la calefacción y el mercado, se entiende un lazo de control con retardo (cap. 6.1). La tercera condensa todo un ámbito en una estructura en la que cada miembro tiene su lugar y, en el caso más favorable, en una que dice por qué los miembros son precisamente estos (cap. 12).

En cada etapa se gana algo que la anterior no tenía. El patrón dice qué se repite; el principio dice qué se repite y por qué, y por eso también dónde termina; la estructura dice cómo está construido un todo. Y en cada etapa se puede errar de la misma manera: condensando de forma demasiado burda y perdiendo aquello en lo que radica lo que importa, o de forma demasiado fina y sin ganar nada. El prejuicio del cap. 2.4 es un error de la primera etapa, la maximización de la utilidad que lo explica todo, uno de la segunda (cap. 6.3), la estructura proliferante, uno de la tercera (cap. 13.2).

14.2 Por qué la condensación tiene éxito

Que un mundo lleno de singularidades pueda condensarse de modo que pocas reglas valgan para muchos casos no es evidente. Una respuesta es obvia: el mundo simplemente está ordenado, y el pensamiento que condensa responde a su orden.

Esta respuesta es más fuerte de lo que tendría que ser, y con esa fuerza no puede ponerse a prueba. Quien la sostiene tendría que conocer el mundo sin ninguna condensación para poder decir que sus condensaciones se ajustan a

él. Eso nadie puede hacerlo; incluso la mirada con la que lo contemplaría ya condensa.

Lo que puede ponerse a prueba es más modesto y basta. Una buena condensación se prueba a sí misma: permite predecir, planificar y actuar, también en casos para los que no fue formada, y lo que hace esperar ocurre. Una mala fracasa: hace esperar algo falso, y los planes que se basan en ella se malogran. No hace falta conocer el mundo sin condensación para notarlo; se nota en lo que no cuadra, como con el armario que se reorganiza a las dos semanas (cap. 3.1). Si el mundo en su conjunto está ordenado, eso no lo decide. Basta con que algunas condensaciones se prueben a sí mismas y otras no, y con que pueda notarse la diferencia.

14.3 El remanente

Toda condensación omite algo, y parte de ello no puede recuperarse con ninguna condensación mejor.

Quien conoce a un amigo desde hace mucho sabe cómo reaccionará. Ha aprendido sus patrones, conoce los fundamentos de sus humores, podría describírselo a un extraño en pocas frases. Y entonces el amigo hace algo que no encaja en ninguna de esas descripciones, no porque fueran falsas, sino porque es más que lo que de él puede condensarse. Una persona no es solo un caso de sus patrones. Quien la trata así lo nota, y a menudo con razón.

Experimento 6: Leer y observar la lectura

Intente, mientras lee esta frase, observar la lectura misma: el movimiento de los ojos, el surgir del significado, la expectativa de cómo seguirá la frase. Probablemente la lectura se atasca. Se puede leer, o se puede observar la lectura; ambas cosas a la vez salen mal. Lo que puede observarse son rasgos de la lectura, los movimientos, las pausas, los retrocesos. La lectura misma, el desempeño en el que se comprende una frase, no está entre ellos.

Un orden puede describir un acto de ejecución, pero no lo ejecuta. Puede decir cómo funciona leer, pero no lee. Y puede indicar condiciones bajo las cuales surge algo nuevo, pero lo nuevo mismo es precisamente lo que no podía predecirse

a partir de las condiciones (cap. 6.3). En estos lugares, en lo singular↑, en la ejecución, en lo nuevo, queda un remanente que ningún orden alcanza.

Objeción: Entonces ordenar es autoengaño. Quien sabe que su orden deja fuera lo más importante debería dejar de fingir que entiende algo.

Respuesta: La objeción exige del orden lo que nunca ha prometido. Un mapa que quisiera sustituir al territorio tendría que ser tan grande como el territorio; un orden que no omitiera nada no sería un orden. Quien deja de ordenar no tiene más de lo singular, sino menos: ya no tiene ninguna expectativa en la que lo singular pudiera mostrarse como singular. Que el amigo haga algo sorprendente solo lo nota quien tenía una expectativa. Lo que no se pliega a la expectativa es la misma resistencia por la que en el cap. 3.1 se reorganizó el armario.

Una segunda objeción, desde la dirección contraria: El remanente es solo el remanente de lo que aún no se ha comprendido. Con suficientes↑ datos y suficiente paciencia también se puede predecir al amigo, y lo que hoy sorprende, mañana se explica.

Respuesta: Algo de lo que hoy sorprende se explicará mañana; es el curso de todo aprendizaje. Pero quien declara de antemano que toda sorpresa es solo algo aún no explicado ha blindado su orden contra cualquier refutación. Ya no puede fracasar en nada, y con ello ha dejado de decir algo, como el principio que lo explica todo (cap. 6.3). Entre ambas objeciones queda el camino que este libro ha seguido desde el comienzo: ordenar y notar dónde el orden no cuadra.

De ahí se sigue la misma condición que el cap. 4.3 encontró en el registro. Un orden debe mantener visible el remanente. No tiene que captarlo todo, pero no debe fingir que lo ha hecho.

Para seguir leyendo: *La verdad* (2025), Cap. 11

CAPÍTULO 15: ORDEN MUERTO

15.1 Formulario 47B

Alguien quiere solicitar un permiso de estacionamiento para su calle. Rellena un formulario y se entera en la ventanilla de que es la versión del año anterior; los datos no pueden transferirse, tiene que rellenarlo todo de nuevo. Para la copia de su documento de identidad necesita una certificación, y esa se obtiene en otra ventanilla, que hoy está cerrada. Cada paso tiene su fundamento. El conjunto impide aquello para lo que fue establecido.

Un orden así no ha surgido por maldad, y por lo general tampoco por estupidez. Tiene fundamentos comprensibles. Donde muchas personas trabajan juntas, no todo puede resolverse conversando, y así se escriben reglas, primero para los casos frecuentes, luego para los más raros, luego para las excepciones de las excepciones. Donde se decide a discreción, a menudo decide la simpatía, y así se fijan criterios que cualquiera puede comprobar; entonces se mide lo que se puede medir, y lo que cuesta medir queda fuera. Y donde rige una norma, nadie tiene que decidir: «Así lo dice la norma» (DE: „Das steht so in der Vorschrift“) descarga a quien lo dice. Cada uno de estos impulsos tiene su razón. Juntos producen un orden que ha olvidado su fin.

15.2 Cómo se reconoce un orden muerto

Un orden se llamará aquí *mecánico* cuando sus partes funcionan sin relación entre sí y sin la pregunta por el para qué, como una máquina que sigue en marcha aunque ya no se le introduzca nada. Su contrario se llamará *vivo*. La palabra tiene que justificarse aquí, pues suena a estado de ánimo. Lo que se quiere decir es una propiedad que puede comprobarse. En un orden vivo las partes se determinan unas a otras y solo son lo que son dentro del todo, como el manillar solo dirige en la bicicleta (cap. 9.1); y el todo se mantiene cambiando en aquello en lo que fracasa. En un orden que sostienen personas pueden observarse ambas cosas. Lo que en él solo es lo que es dentro del todo son los roles, no las personas

que los ocupan; el empleado del cap. 9.5 pertenece también a su familia y a su asociación.

Un orden mecánico se reconoce por signos que se siguen de lo anterior. Lo que no cabe en sus compartimentos se hace caber o se pasa por alto; el compartimento «Varios» falta o rebosa (cap. 4.2). El procedimiento importa más que el fin: «No pudimos ayudarle, pero todo se tramitó correctamente» (DE: „Wir konnten Ihnen nicht helfen, aber es wurde alles korrekt bearbeitet.“). Los casos difíciles valen como perturbación, no como indicio de una laguna. Y el orden no aprende de sus errores, porque no puede admitir ninguno; quien señala una laguna pasa por alguien que ataca el sistema.

Un orden vivo muestra las contrapartidas. Tiene un lugar para lo que no encaja, y comprueba si se acumula. Quien trabaja en él puede decir para qué sirve una regla y, por eso, también cuándo no se aplica. Los casos difíciles se recogen, porque muestran dónde el orden es demasiado burdo. Y cambia, no ante cada objeción, pero sí en los puntos en los que fracasa repetidamente.

La medida no es aquí cuántas reglas tiene un orden. Hay ámbitos en los que las normas precisas y estrictas son el orden vivo: el mantenimiento de aviones, la fabricación de fármacos, las reglas de un examen, los procedimientos de un tribunal. Allí el rigor protege de la desgracia o del arbitrio, y quien trabaja en él sabe para qué sirve. Un orden no muere por sus reglas, sino porque nadie sabe ya para qué rigen.

Tampoco todo lo mecánico en él es una carencia. También un orden vivo contiene partes que funcionan sin que nadie pregunte cada vez por el para qué, como un cuerpo contiene huesos y metabolismo: el archivo de papeles, la contabilidad, la suplencia durante las vacaciones. Descargan a quienes trabajan en él para lo que exige juicio. Mecánico en el sentido de este capítulo se vuelve un orden solo cuando esas partes se desprenden del conjunto y siguen funcionando donde ya no sirven a ningún fin que alguien pudiera nombrar.

15.3 El engaño coherente

La distinción del apartado anterior tiene una laguna peligrosa. Hay órdenes que muestran casi todos los signos de lo vivo y sin embargo extravían. Son flexibles, atienden a los casos difíciles, parecen dispuestos a aprender, explican mucho, y son falsos.

Alguien está convencido de que visitantes del espacio fundaron las primeras civilizaciones. Reúne material, y este crece sin cesar: edificios cuyas piedras

parecen demasiado pesadas para los medios de su tiempo, pinturas rupestres de figuras con cabezas redondas, leyendas de dioses que vinieron del cielo. Cada pieza parece apoyar la tesis, y la mayoría existe de verdad. Lo que le falta no es material. Le falta la pregunta de qué muestra el material si no se lo ordena ya a la luz de la tesis: cómo se pueden mover piedras pesadas sin máquinas, qué otra cosa puede representar una cabeza redonda en una pintura rupestre, una máscara por ejemplo o un tocado. La tesis ordena su material en lugar de penetrarlo. Cada pieza que encaja cuenta como confirmación, cada pieza que no encaja se pasa por alto. El cap. 5.2 ha descrito lo que sería un patrón fabricado: uno que se podría oír en cualquier ruido. Aquí ocurre exactamente eso. Y como para casi cualquier tesis puede encontrarse mucho material, la cantidad de pruebas no sirve de criterio.

Algunas piezas, sin embargo, quedan sin explicar incluso sin la tesis. Las grandes figuras lineales del desierto de Nazca se abarcan mejor en su conjunto desde arriba. Se ha reproducido cómo tales figuras pueden trasladarse a escala al suelo a partir de un pequeño modelo con estacas y cuerdas. Con ello queda mostrado que era posible con los medios de la época, y esa es la explicación más simple que visitantes del espacio. Que ocurriera así, no queda demostrado. Lo que sabemos de lo pasado es reconstruido: la mejor explicación de que disponemos, no más. Para qué servían las figuras está de todos modos abierto; hay varias conjeturas fundadas, pero ninguna decisión. Precisamente entonces es correcto conservar el fenómeno, aunque todavía no pueda explicarse ni integrarse con el resto. Sigue siendo una pregunta abierta en la que se puede seguir trabajando. Una mala explicación la cierra demasiado pronto: da una seguridad que no está fundada y quita a la pregunta el motivo para seguir planteándose. Un enigma mantenido abierto es más honesto que una respuesta falsa.

Además, un orden así se delata en su condensación. Una buena explicación condensa: un principio explica muchos casos y se prueba a sí mismo en que predice lo que ocurrirá (cap. 6.2). El engaño coherente↑ condensa mal y se presenta como buena condensación. Para cada hecho nuevo necesita una nueva suposición auxiliar. Si una pieza se explica de otro modo, la siguiente ocupa su lugar, o la otra explicación se convierte ella misma en parte de la tesis. Su carga de suposiciones crece, su poder predictivo sigue vacío. A posteriori todo encaja siempre, a priori de ella no se sigue nada en lo que pudiera fracasar. Es un orden proliferante↑ (cap. 13.2) que presenta su proliferación como profundidad.

La forma más conocida es el relato del grupo secreto que lo dirige todo. Explica sin esfuerzo lo que ocurre y absorbe toda objeción en lugar de quebrarse con ella. Quien lo contradice pertenece a los iniciados o ha sido engañado, y cada prueba ausente solo muestra lo bien borradas que están las huellas. El error está

aquí en la forma de la explicación, no en su objeto. Los acuerdos existen. Gente del mismo gremio pacta precios, las redes reparten puestos, las autoridades llevan programas de los que el público no debe enterarse. Algo que durante mucho tiempo pasó por quimera ha quedado demostrado por investigaciones y documentos publicados. Una afirmación sobre una actuación encubierta no es por ello un engaño coherente. Puede comprobarse como cualquier otra: quién habría hecho qué y cuándo, qué huellas debería haber dejado, qué refutaría la afirmación. Una afirmación así puede fracasar, y puede confirmarse.

También donde la desconfianza está justificada decide la forma de la explicación que la sigue. La pregunta «¿Quién se beneficia?» constata una conexión fáctica: alguien obtiene una ventaja de un suceso. Concluir de ahí que lo provocó o lo planeó es leer una conexión fáctica como funcional↑ (cap. 10.2), lo que requiere su propia demostración. A menudo otra explicación condensa mejor. Quien explica a partir de las circunstancias en las que las personas actúan explica muchos casos de una vez: también aquellos en los que nadie ha planeado nada, y aquellos en los que distintas personas hacen lo mismo en distintos lugares sin conocerse. Quien explica del plan al caso necesita para cada caso nuevo un plan nuevo. Eso no niega que existan planes. Solo dice que un plan, allí donde las circunstancias ya explican, es una suposición auxiliar. Una desconfianza que busca culpables donde podría encontrar circunstancias es a menudo justificada, pero está mal dirigida. Da el asunto por zanjado cuando los culpables están nombrados, y las circunstancias que producen otros nuevos quedan intactas.

Por la misma razón la palabra «teoría de la conspiración» no sirve como prueba. Ordena una afirmación según de qué trata y si contradice la versión oficial, es decir, según sus circunstancias y no según su estructura. Es el error que el cap. 8.1 mostró en la ballena. Bajo la etiqueta caen entonces por igual el relato cerrado de la conspiración mundial y la investigación documentada sobre un programa encubierto. A menudo también se otorga de forma desigual: lo que se destapa sobre potencias adversarias se llama esclarecimiento, y el mismo procedimiento, aplicado al propio bando, se llama teoría de la conspiración. La etiqueta puede incluso adoptar la forma contra la que se dirige. Si toda objeción a la versión oficial vale como signo de pensamiento conspirativo por el solo hecho de ser una objeción, entonces esa versión ya no puede fracasar en nada. Emparentado con esto está el salto del emisor a la cosa. Quien rechaza una afirmación porque también la sostienen personas poco fiables no la ha examinado. A la inversa, ninguna afirmación se vuelve creíble por presentarse como verdad reprimida. En ambas direcciones solo ayuda examinar en lugar de etiquetar.

Para el peso de las pruebas hay una regla. Cuanto más se aparta una afirmación del saber bien comprobado, más tiene que aportar. No es un juicio sobre la

afirmación, sino una distribución de la carga. También el saber bien comprobado es un orden compartido↑ que puede errar (cap. 15.4). La regla solo exige que se lo mueva con pruebas y no con coherencia.

La prueba no es por ello la coherencia interna, pues esa la tiene el engaño coherente en abundancia. Pregunta tres cosas. ¿Penetra la explicación su material, o lo ordena según una interpretación fijada de antemano? ¿Se prueba a sí misma su condensación en predicción y aplicación, explica pues clases enteras de casos a partir de un fundamento, en lugar de necesitar una nueva suposición para cada caso? ¿Y qué tendría que ocurrir para que se la abandonara? Un orden que no tiene respuesta a la última pregunta no está vivo, sino que es inmortal, y la inmortalidad no es sello de calidad en las explicaciones. Las mismas tres preguntas se dirigen a la versión oficial y a sus adversarios.

Esto muestra también por qué la coherencia interna sola no basta. Es necesaria, pues una explicación contradictoria no es una explicación. Pero no basta: también el edificio delirante más cerrado es coherente en sí mismo. Si un orden vive, ha de medirse por lo que puede resistirle, no por él mismo.

15.4 Orden compartido

Hasta ahora sonaba como si cada uno ordenara por sí mismo. Casi todo orden con el que se trabaja es, sin embargo, heredado o compartido. Esto empieza en la lengua. Cada palabra es una condensación ya hecha; quien aprende la palabra «contrato» asume un orden en el que han trabajado generaciones sin tener que repetirlo. El pensamiento propio no comienza en las singularidades, sino en medio de un acervo de órdenes que otros han formado.

Las ciencias han hecho de esto un procedimiento. Nadie lo comprueba todo por sí mismo; el trabajo está dividido, y en lugar del individuo que comprueba entra un entramado de comprobaciones: colegas que recalculan, experimentos que se repiten, conceptos que durante décadas se cuidan, se afinan y ocasionalmente se descartan. Una fórmula, una teoría, un concepto técnico bien determinado son condensaciones comprobadas en común. En pequeño vale lo mismo: un grupo de trabajo bien rodado tiene conceptos que para los ajenos están vacíos y para los implicados portan experiencias enteras.

Esto tiene un reverso. También las condensaciones falsas pueden sostenerse en común. Las modas, las escuelas y los bandos mantienen vivos órdenes que hace tiempo fracasaron ante la cosa; la comunidad ya no comprueba entonces, confirma. Un orden compartido↑ necesita por eso las mismas comprobaciones

que el propio y una más: ¿quién ha condensado aquí por mí, y cómo notaría yo que ha condensado mal? Lo que se pierde en una comunidad así no es primero la corrección de un orden, sino la posibilidad de advertir su error.

Para seguir leyendo: *La verdad* (2025), Cap. 12, 17, 18 y 19, *La organización* (2026), Cap. 13

CAPÍTULO 16: EL ORDEN PROPIO

16.1 El pensamiento que se ordena a sí mismo

Experimento 7: Con qué lo nota

Deténgase un instante y note lo que ocurre mientras lee este libro, y con qué lo nota.
Uno tropieza con un desdoblamiento. Se piensa sobre el ordenar y se ordena al hacerlo; se examinan órdenes con criterios que son ellos mismos un orden. Y también notar este desdoblamiento es de nuevo un ordenar.

Objeción: Hay aquí un círculo, y no inofensivo. Este libro desarrolla criterios para órdenes y los aplica a sí mismo. Es como si una cinta métrica se midiera a sí misma. ¿De dónde han de sacar los criterios su derecho, si solo se confirman a sí mismos?

Respuesta: Una cinta métrica no puede comprobarse con ella misma, pero sí con una segunda cinta métrica, con un objeto de longitud conocida, con otro procedimiento para determinar la misma longitud. Los criterios de este libro están en la misma situación. No se comprueban con ellos mismos, sino con lo que puede resistirles: con los ejemplos en los que podrían fracasar, con las objeciones que se les oponen, con la experiencia del lector, que conoce sus propios órdenes. Que un criterio se aplique a sí mismo no lo hace circular. Sería circular si no pudiera fracasar en su aplicación a sí mismo. El libro puede fracasar en sus propios criterios, y el cap. 16.5 examina dónde.

Una segunda objeción: ¿Cómo va a reconocer un pensamiento sus propios límites? Si un límite está dentro de su alcance, no es un límite; si está fuera, no puede verlo.

Respuesta: Los límites de los que aquí se ha hablado no se vieron desde fuera, sino que se notaron desde dentro, en lo que no cuadraba: en el escrito que faltaba bajo «madre», en el amigo que hacía lo que ninguna descripción hacía esperar. Notar un límite no significa saber qué hay más allá de él. Significa saber que el

orden aquí no llega más lejos. Eso puede hacerlo todo pensamiento que tiene expectativas.

Hay que distinguir un caso. Cuando una totalidad debe contenerse a sí misma como uno de sus miembros, por ejemplo un registro de todos los registros que no se registran a sí mismos, surgen contradicciones que nada tienen que ver con el ordenar en el sentido de este libro. Son asunto de la lógica y de las matemáticas, y este libro no las resuelve. Solo afirma que la aplicación de un criterio a sí mismo no es de ese tipo.

16.2 De dónde vienen los órdenes propios

Quien examina sus propios órdenes se topa con criterios que nunca eligió y con obviedades cuyo origen desconoce. También el pensamiento propio es un objeto que solo puede captarse como proceso (cap. 11.2).

Experimento 8: El origen de una convicción

Tome una de sus convicciones firmes, sobre el trabajo, sobre la educación, sobre la política. Pregúntese cómo llegó a ella, y anote la primera respuesta. Luego pregunte: ¿fue ese el comienzo?
La primera respuesta suele proporcionar los fundamentos de hoy, no los originales. Son los argumentos que se aducen cuando hay que defender la convicción, a menudo más jóvenes que ella misma. Si se sigue cavando, se tropieza con experiencias que la han marcado: un maestro que escuchaba, un superior que no lo hacía. Y debajo, con obviedades que se recibieron antes de poder pensar: lo que en la familia pasaba por normal, lo que en la época y el lugar en que uno creció nadie ponía en duda.

Estas capas no son más verdaderas ni más falsas que los fundamentos de hoy. Que una convicción provenga de una experiencia temprana no dice nada sobre su corrección; puede ser cierta de todos modos. Pero quien conoce el origen puede distinguir dos cosas: el fundamento por el que cree algo y el fundamento por el que sería correcto. Ambos coinciden a menudo, y a veces no.

Tres preguntas ayudan en ello; se siguen de lo que el cap. 11.3 ha dicho sobre los procesos. ¿Qué posición tenía yo antes, y por qué fundamentos que entonces eran razonables? ¿Qué me llevó a cambiar de opinión: argumentos, experiencias o personas? ¿Y qué ha permanecido igual a través de todos los cambios? La

última pregunta muestra cómo se piensa, con independencia de lo que se piense en cada momento. Y de las tres se sigue una cuarta que apunta hacia delante: ¿cuáles de mis convicciones actuales cambiarán probablemente aún? Quien ya ha cambiado de opinión varias veces volverá a hacerlo, solo que no sabe dónde.

Quien pregunta así por el origen de los órdenes propios entiende también mejor los de los otros. Sus convicciones han surgido por caminos igualmente comprensibles. Eso dice tan poco sobre su corrección como en las propias, pero hace posible la conversación en la que la corrección puede ponerse a prueba.

16.3 El orgullo del que ordena

La última exageración que este libro tiene que nombrar no afecta a una manera de ordenar en particular↑, sino al ordenar en general. Quien ha aprendido a distinguir con exactitud, a dividir con limpieza, a exigir fundamentos, puede volverse altivo por ello. Escucha a los demás para encontrar sus errores: «Mezclas dos niveles», «eso es solo una correlación» (DE: „das ist nur eine Korrelation“), «no has dado ningún fundamento». A menudo tiene razón, y la conversación ha terminado de todos modos.

Esto tiene un motivo que radica en la cosa. Quien ha dedicado mucho esfuerzo a una capacidad quiere verla confirmada, y el propio método se convierte fácilmente en la medida del buen pensar en general. Pero el ordenar exacto es una herramienta, no la única. Hay ámbitos en los que dividir estorba: una conversación entre amigos, una música que se escucha, un dolor que se comparte. Quien allí ordena entiende menos, no más.

También esto puede exagerarse, preguntándose a cada pensamiento si no se estará dividiendo compulsivamente o estructurando con altivez. Entonces de la advertencia ha salido una nueva compulsión. Las exageraciones que este libro ha nombrado, en el dividir (cap. 8.4), en el estructurar (cap. 9.3), en el entretejer (cap. 10.5) y aquí, no son una lista que haya que ir despachando. Son lugares en los que una capacidad ha olvidado su pregunta, y la pregunta que ayuda contra ello es cada vez la misma: ¿para qué ordeno aquí?

16.4 El camino

La pregunta «¿Para qué ordeno aquí?» (DE: „Wozu ordne ich hier?“) estaba al comienzo del libro con otra forma: ¿en qué radica lo que importa? Se respondió

ya al leer, antes de plantearla (cap. 2.1), y el cap. 2.5 le ató una segunda que quedó abierta: si al final hay un criterio que pertenece a la cosa misma, y en qué sentido. Esta segunda no podía responderse de antemano, solo por el camino que el libro ha recorrido entretanto.

Que cada paso mostraba lo que le faltaba al anterior lo han dicho en detalle las retrospectivas al final de las partes (caps. 4.6, 6.7, 12.5). Lo que se hizo desde el primer capítulo hasta el último fue siempre lo mismo, poner esto junto a aquello (cap. 2.2), cada vez más adentro de la cosa, y ningún paso ha eliminado al anterior. El respecto está contenido en el patrón, el principio en el fundamento, los tipos y las partes en el autodesarrollo. Cada etapa está sublada en la siguiente, en el triple sentido que el cap. 12.6 ha explicado.

Un criterio fuera de este camino el libro no lo ha necesitado en ningún lugar. La cosa se ha dado a conocer donde un orden no cuadraba: en el armario que se reorganizó a las dos semanas, en el rostro de la nube que fracasó en el minuto siguiente, en la órbita de Mercurio. Y se ha mostrado donde un orden podía decir por qué sus miembros son estos, como en los números. Una imagen de la cosa con la que se hubiera podido comparar el orden no hacía falta para ello (caps. 2.1, 13.2). El criterio que pertenece a la cosa es el movimiento en el que un orden fracasa en ella y por eso se vuelve más preciso (cap. 13.2), hasta poder dar su propio fundamento. Pensar sistemáticamente, tal como lo determinó el cap. 12.2, significa por eso también no interrumpir este movimiento.

16.5 Este libro puesto a prueba

El libro prometió en el cap. 1.3 dejarse medir por sus propios criterios. Aquí está la prueba.

¿Por qué tiene precisamente estas cuatro partes? La primera preguntó qué va junto: respecto, serie y compartimento, patrón. La segunda, por qué va junto: principio y fundamento. La tercera, cómo está construido un todo: las cinco maneras de ordenar. La cuarta, qué cuesta todo orden. Las tres primeras siguen la pregunta de hasta qué punto un orden conoce su propio fundamento: nada, como fundamento de casos singulares↑, como fundamento de un todo. La cuarta se vuelve sobre las tres; por eso tiene que estar al final. Según la tercera etapa del cap. 13.2, esta estructura explica así también su principio, al menos en sus grandes rasgos. Si lo hace también en el detalle, si por ejemplo el respecto necesita un capítulo propio o pertenece al de serie y compartimento, si el patrón pertenece

aún a la primera parte o ya a la segunda, es discutible, y las retrospectivas al final de las partes dan razones, no demostraciones.

¿Mantiene el libro la segunda etapa, conserva lo que importa? Eso no puede decidirlo él mismo. Solo puede aportar las pruebas. ¿Es suficientemente completo, o falta algo que usted conoce de su propio ordenar? ¿Es suficientemente simple, o tan simple que se pierden excepciones? ¿Pueden comprobarse sus afirmaciones con la propia experiencia? ¿Y puede ampliarse y corregirse sin romperse?

¿Qué tendría que ocurrir para que el libro abandonara sus afirmaciones? La pregunta del cap. 15.3 vale también aquí. Puede responderse. Si los experimentos salieran de otra manera en muchos lectores que como están descritos, si, es decir, las personas vieran las letras sin esfuerzo como trazos o no pudieran condensar una conversación en una frase, un fundamento habría desaparecido. Si apareciera una manera de ordenar que no pudiera reducirse a ninguna de las cinco (cap. 13.5), habría que cambiar la estructura de la tercera parte. Si se mostrara que se prueba a sí mismo un orden que no mantiene visible su remanente, la condición de los caps. 3.3 y 13.3 sería falsa. En estos puntos el libro puede fracasar.

16.6 Lo que queda abierto

Donde una respuesta no basta, el libro lo dice en el lugar mismo. En conjunto quedan expresamente abiertas cuatro preguntas. Dos de ellas preguntan si es completa una división que solo ha resultado en el recorrido. Las cinco maneras de ordenar se han probado hasta ahora, pero que no haya una sexta no está demostrado (cap. 13.5). Los tipos de referencias cruzadas del cap. 13.3 se han obtenido de la pregunta de si dos lugares se conectan por forma o por contenido; si abarcan toda referencia cruzada, tendrá que mostrarse en referencias que no encajen en ninguno de los cuatro. La tercera pregunta concierne a una medida que solo está desarrollada a medias. El cap. 2.3 ha indicado para el acceso los pasos y el conocimiento previo necesario, para el panorama el número de miembros, pero no cómo han de sopesarse uno contra otro cuando un orden mejora lo uno y empeora lo otro. La cuarta concierne a un límite que solo puede trazarse en el caso: dónde sostiene el autodesarrollo y dónde la ramificación ulterior de un objeto es ya solo historia y azar puede mostrarse en el caso singular↑ (cap. 12.3), pero no indicarse en general.

Muchos de los pensamientos de este libro han sido pensados ya en otra parte, algunos en forma más fuerte que aquí. El apéndice B dice dónde, y presenta en su propia forma las objeciones que aquí solo aparecieron en su núcleo.

Para seguir leyendo: *La verdad* (2025)

APÉNDICE A: EJERCICIOS

Los ejercicios presuponen los capítulos a los que remiten. No tienen solución que pueda consultarse; si han salido bien, se muestra en la cosa en la que se realizan.

A1: Ordenar una decisión

Tome una decisión que tenga ante sí, por ejemplo si debe aceptar un nuevo empleo. El orden habitual es una lista de fundamentos a favor y en contra. Es una serie (cap. 4), y tiene su defecto: no dice qué fundamentos van juntos y cuáles pesan más.

Plantee en su lugar las preguntas del cap. 13.1, y solo las que le falten. ¿Qué clase de decisión es: una sobre la profesión, sobre la familia, sobre lo que le importa, o sobre una apuesta arriesgada? Cada uno de estos tipos trae otros criterios. ¿De qué consta la decisión: qué partes tiene, y cuál causa la dificultad? ¿Con qué se conecta, y cuáles de las conexiones son meramente observadas, cuáles efectos? ¿Y cómo surgió la situación de la que viene la pregunta?

Fíjese en en qué punto la decisión se aclaró. Suele ser una sola pregunta, y las demás solo han confirmado lo que ella mostró.

A2: Ordenar una discusión

Dos personas discuten sobre el teletrabajo. Uno dice que es mucho más eficaz; la otra, que se resiente la cohesión del departamento. El uno lo llama afán de control, la otra lo llama ciego a lo que ocurre entre las personas.

Compruebe primero si ambos discuten sobre la misma pregunta (cap. 3.2). A menudo discuten dos personas de las que cada una tiene su pregunta por la única: el uno pregunta por el trabajo del individuo, la otra por el trabajo del grupo. Compruebe luego de qué tipo son las conexiones que cada uno afirma (cap. 10.2). «Quien trabaja en casa rinde más» (DE: „Wer zu Hause arbeitet, schafft mehr“)

puede ser una conexión observada o un efecto, y para un efecto hacen falta más pruebas que para una observación. Y pregunte bajo qué condiciones se cumple cada una de las dos afirmaciones (cap. 7.2): con qué tipo de trabajo, con qué tamaño de grupo, con qué condiciones de vivienda.

Al final rara vez hay un vencedor. Lo habitual es una distinción que deja valer a ambos, a cada uno bajo sus condiciones.

A3: Montar un sistema de archivo

Monte un sistema de archivo, para papeles o ficheros. Pregunte primero qué buscará con más frecuencia después, y ponga ese respecto arriba (cap. 4.2). Cree un compartimento para lo que no encaje, y mire al cabo de unos meses qué se ha acumulado en él: si se acumula algo de la misma clase, falta un compartimento. Y decida, para las piezas que pertenecen a varios lugares, si pone una referencia cruzada, una copia o una marca (caps. 3.3, 9.3). Cada una de estas soluciones cuesta algo, y la pregunta es qué costes quiere asumir.

Compruebe el archivo al cabo de un año con las dos medidas del cap. 2.3. ¿Cuántos pasos necesita para encontrar una pieza determinada, y qué tiene que saber para ello? ¿Y puede decir qué hay en el archivo en absoluto, sin recorrerlo?

A4: Condensar y recuperar

Resuma en una sola frase un texto que conozca bien, un artículo, un capítulo, un correo largo. Dé la frase a alguien que no conozca el texto, y pídale que diga qué espera ahora. Lo que espera y lo que está en el texto difieren en puntos determinados, y en esos puntos la condensación ha dejado algo. Compruebe si era algo en lo que radicaba lo que importaba (cap. 2.4).

Una segunda prueba: tome un principio que haya aprendido en un caso, y aplíquelo a un caso que nunca haya visto (cap. 6.2). Si se sostiene, ha aprendido un principio. Si no se sostiene, ha aprendido un patrón, y ahora sabe dónde termina.

A5: Estructurar una conferencia

Escriba lo que quiere decir antes de hacer una estructura (cap. 9.3). Luego pregunte en qué partes se descompone lo escrito por sí mismo, y si puede indicarse por qué en estas (cap. 9.1). Solo después pregunte qué necesitan los oyentes para seguir, y si eso exige otra secuencia. Si es así, no es un fallo de la primera estructura, sino un segundo respecto, y tiene que elegir entre ambos o poner una referencia cruzada: «más sobre esto enseguida».

A6: Examinar un capítulo

Tome un capítulo que usted haya escrito o que un programa haya escrito para usted. Lea las tres primeras palabras de cada párrafo una debajo de otra: si todas empiezan igual, la construcción es esquemática (cap. 9.4). Cuente las listas, y pregunte en cada una si sus puntos pueden disolverse en frases que digan cómo se sigue uno del otro; donde lo consiga, la lista era un sustituto del pensamiento. Tache toda frase que anuncie lo que el capítulo va a hacer, y vea si falta algo. Y escriba al final del capítulo una frase que diga por qué sigue el siguiente. Si cuesta, la dificultad no está en la frase, sino en la estructura.

APÉNDICE B: QUIÉN LO HA VISTO TAMBIÉN ASÍ, Y LAS OBJECIONES MÁS FUERTES

El libro no se apoya en nadie (cap. 1.2). Eso no significa que haya pensado sus pensamientos el primero. Este apéndice nombra dónde se puede seguir leyendo, y presenta en su propia forma las objeciones que en el libro solo aparecieron en su núcleo. Donde el curso del libro se parece a uno transmitido, eso no es una prueba a favor de uno ni del otro. Habla a favor de que ambos han trabajado en la misma cosa.

B1: Sobre los capítulos singulares

Panorama↑, acceso, condensación (caps. 1, 13). Que las buenas explicaciones pueden medirse por cuánto condensan sus datos sin perderlos se ha elaborado en la teoría de la información: en la teoría de la complejidad algorítmica, asociada a los nombres de Andréi Kolmogórov y Ray Solomonoff, y en el principio de la mínima longitud de descripción de Jorma Rissanen.

Patrones que quedan abiertos (cap. 5.3). Ludwig Wittgenstein mostró en las *Investigaciones filosóficas* (§§ 185 ss.), con un alumno que continúa la serie «+2» a partir de 1000 de otra manera, que ningún número finito de casos fija una regla. Nelson Goodman planteó el mismo problema como el «nuevo enigma de la inducción» (DE: „neue Rätsel der Induktion“). Jacques Derrida desarrolló en *Firma, acontecimiento, contexto* (1972) el pensamiento de que un signo solo lo es como repetible y que en cada repetición es un poco otro.

Principios↑ que lo explican todo (caps. 5.3, 14.3). Que una teoría vale tanto como lo que excluye es el núcleo de la exigencia de falsabilidad de Karl Popper en la *Lógica de la investigación científica*. La burla de la explicación que solo duplica lo explicado la llevó Molière a escena en *El enfermo imaginario*: el opio duerme porque tiene una virtud dormitiva.

Órbitas planetarias (caps. 4.1, 5.2, 5.3). Kepler publicó la ley de la órbita elíptica en 1609 en la *Astronomia nova*, sobre la base de las observaciones de Marte de Tycho Brahe; Isaac Newton la dedujo en 1687 en los *Principia* a partir de la gravitación. Neptuno lo encontró Johann Gottfried Galle en 1846 en el lugar que Urbain Le Verrier había calculado a partir de las perturbaciones de la órbita de Urano. La desviación de la órbita de Mercurio la explicó solo la teoría general de la relatividad de Albert Einstein en 1915.

El retardo en la retroalimentación (cap. 6.1). La doctrina general de los lazos de control la fundó Norbert Wiener bajo el nombre de cibernética. La alternancia de abundancia y escasez en el mercado porcino la describió Arthur Hanau en los años veinte; desde entonces se llama ciclo del cerdo.

Vacío, arbitrario↑, suficiente (cap. 7.1). La misma graduación se encuentra en la *Ciencia de la lógica* de Hegel como fundamento formal, real y completo; que una cosa solo emerge cuando todas sus condiciones están reunidas se sigue allí en la doctrina de la condición. Suficiente, lo llama Hegel solo al concepto, aquello que determina una cosa desde sí misma (*Enciclopedia* § 121 Adición); en esta dirección apunta también el cap. 7.6. Seguida sobre el texto de Hegel, la graduación está en *La lógica de Hegel – Lógica del pensar* (2026), Cap. 21.6 y 24.3. Que una causa es por lo general una condición entre otras, que solo juntas bastan, lo ha determinado con más precisión John L. Mackie. Que las explicaciones piensan siempre un caso de comparación, por qué esto y no aquello, se ha elaborado bajo el nombre de explicación contrastiva, entre otros por Bas van Fraassen y Peter Lipton.

La doctrina de la división (parte III, cap. 8.2). La división según género y diferencia específica se remonta a Aristóteles. El neoplatónico Porfirio la expuso en el siglo III en su introducción a las *Categorías*; el llamado árbol de Porfirio, la dicotomía continuada, lleva su nombre. A la ballena la colocó Carl von Linné en la décima edición de su *Systema Naturae* de 1758 entre los mamíferos. Una famosa división que viola todas las reglas la atribuyó Jorge Luis Borges a una enciclopedia china inventada: los animales se dividen allí, entre otros, en los que pertenecen al emperador, los embalsamados, los amaestrados y los que de lejos parecen moscas. Michel Foucault comenzó su *Las palabras y las cosas* con la risa ante este pasaje.

Plutón (cap. 12.4). La nueva definición de planeta la decidió la Unión Astronómica Internacional en agosto de 2006; el motivo fue el descubrimiento del planeta enano Eris, que es más pesado que Plutón.

Casos límite y no saber (caps. 7.4, 11.4). Que el comprender un concepto empieza donde se nota que no se puede determinar es el curso de los primeros

diálogos de Platón. En el *Laques* Sócrates pregunta qué es el valor, y cada determinación de sus interlocutores fracasa ante un caso límite, entre otros ante la pregunta de si la intrepidez sin comprensión es ya valor o temeridad. En la *Apología* dice Sócrates que él aventaja al otro en que no cree saber lo que no sabe.

La tabla periódica (cap. 13.2). Mendeléyev publicó su tabla en 1869; el galio fue descubierto en 1875, el escandio en 1879, el germanio en 1886.

El montón (cap. 8.3). La falacia del montón se atribuye al megárico Eubúlides de Mileto.

Árbol y red (cap. 10.3). La clasificación por facetas la desarrolló el bibliotecario indio S. R. Ranganathan en los años treinta. El consejo de preferir en la programación la composición a la herencia lo convirtieron en regla Erich Gamma, Richard Helm, Ralph Johnson y John Vlissides en 1994 en su libro sobre patrones de diseño.

Tipos que son estadios (cap. 11.5). La secuencia de la escritura de imágenes a la de palabras y sílabas y de ahí a la alfabética la presentó Ignace J. Gelb en 1952 como ley de desarrollo de la escritura. La investigación la ha criticado desde entonces por demasiado lineal; como ejemplo de cómo pueden coincidir tipos y estadios sirve también en forma burda.

Los números (cap. 12.1). Que los dominios numéricos se amplían para que ciertos cálculos salgan, y que en ello deben conservarse las viejas reglas de cálculo, lo formuló George Peacock en 1834; como principio de permanencia lo impuso Hermann Hankel en 1867.

Universal↑, particular, singular (cap. 12.2). Los tres lados del concepto los desarrolló Hegel en la doctrina del concepto de su *Ciencia de la lógica* (en forma más breve: *Enciclopedia* §§ 163–165; interpretados paso a paso en *La lógica de Hegel – Lógica del pensar*, Cap. 26). El curso de este libro, desde órdenes que se ponen desde fuera sobre la cosa, pasando por los que preguntan por fundamentos, hasta los que entienden sus miembros a partir de un universal, se parece en grandes rasgos al curso de su lógica del ser, la esencia y el concepto. Eso no se ha buscado; ha resultado.

Orden↑ mecánico (caps. 14.1, 14.2). Que las reglas en las administraciones pasan de medio a fin lo describió Robert K. Merton en 1940 como desplazamiento de objetivos; la imagen de la «jaula de acero» de la burocracia procede de Max Weber. Que una medida que se convierte en objetivo deja de ser una buena medida se llama, por el economista Charles Goodhart, ley de Goodhart.

El engaño coherente↑ (cap. 15.3). La tesis de los visitantes del espacio la difundió Erich von Däniken en 1968 en *Recuerdos del futuro* (en la edición inglesa establecida: *Chariots of the Gods?*). De una «teoría conspirativa de la sociedad»

habló Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945, vol. 2, cap. 15). No negó que existan conspiraciones, sino que expliquen la sociedad, y observó que rara vez logran lo que planean; lo que ocurre son por lo general consecuencias no intencionadas de una acción intencionada. La forma cerrada en la que cada huella ausente se convierte en prueba la describió Richard Hofstadter en 1964 en el ensayo «The Paranoid Style in American Politics». Que gente del mismo gremio rara vez se reúne sin que la conversación termine en una conspiración contra el público está en Adam Smith, en *La riqueza de las naciones* (1776, libro I, cap. 11). Programas encubiertos que antes pasaban por quimeras los sacó a la luz la comisión de investigación del Senado de los EE. UU. bajo Frank Church en 1975 y 1976; los documentos que Edward Snowden hizo publicar en 2013 probaron una vigilancia masiva que apenas nadie había considerado posible. Que el peso de las pruebas debe regirse por la improbabilidad de lo afirmado está en David Hume, en la sección sobre los milagros de su *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748); Carl Sagan lo resumió en la fórmula de que las afirmaciones extraordinarias exigen pruebas extraordinarias.

Orden compartido (cap. 15.4). Que el conocimiento surge en comunidades que comparten un estilo de pensamiento lo mostró Ludwik Fleck en 1935 con el ejemplo de la investigación de la sífilis; Thomas S. Kuhn continuó la idea como doctrina de los paradigmas.

Fundamento de la creencia y fundamento de la validez (cap. 16.2). Que el surgimiento de una convicción debe distinguirse de su fundamentación lo formuló Hans Reichenbach como diferencia entre el contexto de descubrimiento y el de justificación. Quien concluye del origen de una convicción su falsedad comete lo que la lógica llama falacia genética.

La cinta métrica que se examina (cap. 16.1). Otto Neurath comparó la situación del conocer con la de marinos que tienen que reconstruir su barco en alta mar sin poder desmontarlo nunca en el dique. Las contradicciones que surgen cuando una totalidad debe contenerse a sí misma las descubrió Bertrand Russell en el conjunto de todos los conjuntos que no se contienen a sí mismos.

B2: Cinco objeciones en su propia forma

Cinco objeciones se han recogido en el libro solo en la medida en que afectan al capítulo respectivo. Aquí aparecen en la forma que sus autores les han dado.

Gilles Deleuze y Félix Guattari: el árbol y el rizoma (caps. 3.3, 5.3). En *Rizoma* y en *Mil mesetas* oponen Deleuze y Guattari al árbol, que se ramifica

desde una raíz en ramas cada vez más finas, el rizoma, una trama sin centro en la que cada punto puede conectarse con cualquier otro y que en cualquier lugar puede romperse y recomenzar. El árbol es para ellos la imagen de un orden que lo reduce todo a un origen; el rizoma, la imagen de una multiplicidad que no puede reducirse a una unidad. En *Diferencia y repetición* (1968) Deleuze había exigido ya pensar la diferencia no como desviación de lo idéntico, sino lo idéntico como consolidación provisional de diferencias. Eso afecta en su raíz a la división según género y diferencia específica (cap. 8.2).

El libro concuerda con la constatación de que todo orden elige y de que lo elegido puede aparecer como naturaleza. Su respuesta es que la elección se muestra en el fracaso y que un orden debe mantener visible su remanente (caps. 3.3, 13.3). Deleuze y Guattari mismos han subrayado que árbol y rizoma se penetran mutuamente, que hay árboles en el rizoma y rizomas en el árbol. Eso se acerca a la respuesta del cap. 10.3 de que se necesitan ambos. Queda abierto si el autodesarrollo del cap. 12, que entiende un todo a partir de un universal, no es precisamente la forma de árbol que ellos critican con más dureza. El libro responde a ello con el cap. 12.3: sostiene donde sostiene, y no más.

Jacques Derrida: significado que no se aquieta (cap. 5.3). Para Derrida un signo solo es lo que es porque puede repetirse, y cada repetición lo lleva a un nuevo contexto que desplaza su significado. Un significado que estuviera completamente en sí no existe por tanto; cada concepto remite a otros y tiene su sentido solo en la diferencia con ellos.

El libro concuerda en que los patrones quedan abiertos y se desplazan en el uso. Su respuesta es que el desplazamiento puede notarse, en el caso nuevo que provoca disputa, y que ahí puede comprobarse si el patrón aún sostiene. Derrida nunca negó que se pueda comprender y distinguir; negó que este comprender esté jamás concluido. Con ello está más cerca del cap. 5.3 de lo que parece al principio. Queda abierto si los casos límite en los que el libro pone a prueba sus conceptos (cap. 12.4) no están ya ellos mismos elegidos por un concepto que deben probar.

Theodor W. Adorno: el concepto y lo no idéntico (caps. 6.4, 13.3). Con Max Horkheimer mostró Adorno en la *Dialéctica de la Ilustración* cómo la razón, que debía liberar al ser humano de la naturaleza, puede convertirse en un instrumento de dominación sobre la naturaleza y sobre los seres humanos. En la *Dialéctica negativa* afiló la objeción: todo concepto subsume lo singular↑ bajo un universal y corta con ello lo que en él no es universal, lo no idéntico. El pensamiento debe intentar, con el concepto, ir más allá del concepto.

El libro concuerda en que toda condensación deja un remanente y en que el remanente puede ser lo más importante (cap. 14.3). Su respuesta es que el

remanente solo se muestra en una expectativa que defrauda, y que quien deja de ordenar no tiene más de lo singular, sino menos. Adorno habría contradicho aquí: si el remanente solo se muestra en una expectativa defraudada, aparece aún en la medida del concepto que debe rebasar. Renunciar a los conceptos, sin embargo, no quería. Exigía volverlos contra sí mismos y no subsumir una cosa bajo un concepto, sino poner varios conceptos en torno a ella, en una constelación que muestre lo que ninguno de ellos acierta por sí solo. Eso es una manera de ordenar, y no está lejos de las facetas del cap. 10.3. Queda abierto si la condición «mantener visible el remanente» (DE: „den Rest sichtbar halten“) es más que un propósito: que un orden la cumpla puede comprobarse en el caso singular, pero no asegurarse en general.

Michel Foucault: orden del saber, orden del poder (caps. 9.4, 11.5). En sus investigaciones sobre la locura, la clínica y la prisión mostró Foucault cómo las divisiones del saber clasifican, tratan y producen a las personas: el enfermo, el delincuente, el normal no se han encontrado sin más, sino que han surgido a la vez en prácticas del saber y del poder. En *Las palabras y las cosas* (1966) mostró que cada época articula su saber en un marco que fija qué puede siquiera ordenarse, y que estos marcos se suceden en rupturas, no como progreso. Eso afecta a la pregunta del cap. 13, qué orden es mejor, y a la del cap. 16.2, de dónde vienen los órdenes propios. Ian Hacking ha enlazado con ello y ha descrito cómo las categorías repercuten en las personas que abarcan y cómo esa repercusión vuelve a cambiar las categorías.

El libro concuerda en que los conceptos sobre personas cambian su objeto (cap. 12.5) y en que la lectura de una relación puede confirmarse a sí misma (cap. 10.4). Su respuesta es que las personas que un concepto abarca pueden contradecirlo, y que la crítica de un orden trabaja ella misma con distinciones más precisas. Foucault llamó a sus libros cajas de herramientas, no edificios doctrinales, y su fuerza radica precisamente en tales distinciones. Queda abierto si la contradicción de los afectados siempre se oye, y la respuesta es: no por sí sola. El cap. 15.4 ha mostrado que una comunidad puede dejar de comprobar. Quien cuida de que no lo haga, actúa, y de eso trata otro libro.

Richard Rorty: ningún vocabulario de la cosa misma (caps. 7.2, 12.1). En *La filosofía y el espejo de la naturaleza* (1979) negó Rorty que el conocer consista en reflejar correctamente la realidad; en *Contingencia, ironía y solidaridad* (1989) concluye que no hay ningún vocabulario que describa las cosas como son en sí. Que una división acierte no es entonces una pregunta a la cosa, sino una pregunta sobre para qué se la necesita. El criterio de trazar límites allí donde el objeto mismo hace diferencias sería un resto de la imagen del espejo.

El libro concuerda en que todo orden sirve a una pregunta (cap. 13.1). Su respuesta es que la cosa se anuncia en el acierto y en el fracaso. Que el galio, el escandio y el germanio se encontraran donde la tabla dejaba huecos (cap. 13.2) no podía provocarlo la tabla misma; los elementos podrían haber faltado. Que eso solo pueda constatarse en un vocabulario ya elegido, el libro no lo niega. Un punto de vista fuera de todos los vocabularios no lo necesita para ello: lo que no cuadra se anuncia en el vocabulario que se tiene (*La verdad* (2025), Cap. 11).

La pregunta de vuelta que se dirige a las cinco. Contra las cinco objeciones se aduce a menudo que se refutan a sí mismas; en su forma más conocida planteó Jürgen Habermas el reproche en *El discurso filosófico de la modernidad* (1985), apoyado en la figura de Karl-Otto Apel de la contradicción performativa: quien escribe con conceptos exactos contra los conceptos, con una teoría contra la teoría, con una exposición ordenada contra el orden, hace lo que critica. Eso afecta menos de lo que parece. Las cinco han conocido la objeción y la han respondido: Derrida con la figura de usar los conceptos y a la vez señalar su límite, Adorno con el pensar contra sí mismo, Deleuze y Guattari con la penetración de árbol y rizoma, Foucault con la renuncia a un edificio, Rorty con la indicación de que no afirma una imagen mejor, sino que propone un vocabulario más útil. Lo que hay de correcto en la pregunta de vuelta es más modesto: ninguna de las cinco renuncia al ordenar. Ordenan de otra manera y comprueban con más exactitud. Esa es también la intención de este libro.

B3: Lectura adicional en los otros libros

Donde un capítulo se continúa en otros libros de la serie, se indica aquí. El texto principal remite al final de los capítulos a *La verdad* (2025) y, donde un capítulo se continúa allí de forma inmediata, a *La ética – El bien que ya hacemos* (2026) y *La organización* (2026).

- **Cap. 1** (el libro vecino sobre la lógica): *La lógica de Hegel – Lógica del pensar* (2026), Cap. 2 (el movimiento del pensamiento en su comienzo)
- **Cap. 1** (el libro vecino sobre la ética): *La ética – El bien que ya hacemos*
- **Cap. 2.4** (Condensar y prejuicio, continuado en la imagen del otro): *La ética – El bien que ya hacemos*, Cap. 3
- **Cap. 6** (Principio↑): *La lógica de Hegel – Lógica del pensar*, Cap. 7
- **Cap. 7** (Fundamento): *La lógica de Hegel – Lógica del pensar*, Cap. 6 y 8
- **Cap. 7.4** (A quién sirve un fundamento, continuado en los fundamentos que se deben a otro): *La ética – El bien que ya hacemos*, Cap. 4 y 11

- **Cap. 11** (Procesos↑): *La lógica de Hegel – Lógica del pensar*, Cap. 5
- **Cap. 11.1** (Cómo empezó una disputa, continuado en la serie de la venganza): *La ética – El bien que ya hacemos*, Cap. 6
- **Cap. 12** (Autodesarrollo↑): *La lógica de Hegel – Lógica del pensar*, Cap. 9
- **Cap. 15** (Orden↑ muerto, continuado en reglas e instituciones): *La ética – El bien que ya hacemos*, Cap. 13 y 14
- **Cap. 15.4** (Orden compartido, continuado en la economía): *Kapitalismus — Eine Einführung* (en preparación), Cap. 25
- **Cap. 16** (Lo que queda abierto): *La lógica de Hegel – Lógica del pensar*, Cap. 13

GLOSARIO

Indicaciones para el uso

Este glosario no está pensado para leerse de antemano. Los conceptos se desarrollan en el libro a partir de lo que se encuentra al ordenar, y quien los consulte aquí primero obtiene una determinación sin el camino que conduce a ella.

Está pensado para tres casos: cuando una palabra aparece con un significado que se aparta del habitual; cuando alguien no lee de manera seguida y por ello se ha perdido una introducción; y cuando alguien quiere comprobar si una expresión se usa en el libro siempre de la misma manera.

Orden: Las entradas siguen el orden alfabético; las vocales con diéresis cuentan como sus letras base.

Tipo indica el origen de la entrada: *Nuestra metodología* para las distinciones que este libro y sus libros vecinos establecen expresamente; *Filosófico-general* para las expresiones que están establecidas en la tradición y que aquí se usan en un sentido determinado.

Desarrollado en remite al lugar en que se desarrolla un concepto, no a cada mención.

No se entiende aparece allí donde hay que descartar una lectura que se ofrece con facilidad.

Véase también nombra entradas afines de este glosario y, cuando un concepto se continúa en alguno de los libros vecinos, la entrada correspondiente allí.

Universal, particular, singular (Allgemeines, Besonderes, Einzelnes)

Tipo: Filosófico-general

Explicación: Los tres lados que un entendimiento debe tener si ha de ser completo. Lo universal es lo que en todos los casos es lo mismo; lo particular, lo que de ello resulta bajo condiciones, hacia fuera como tipos, hacia dentro como partes; lo singular, el caso real en el que ambos confluyen.

No se entiende: Tres estadios de un orden jerárquico ni una tríada que habría que imponer a toda cosa. Hasta dónde llega la estructura lo muestra la cosa.

Desarrollado en: cap. 12.2, 12.3

Véase también: autodespliegue, concepto, modo de ordenación; *La ética – El bien que ya hacemos* (2026), Glosario: Universal (de una comunidad)

Superación (Aufhebung)

Tipo: Filosófico-general

Explicación: La incorporación de una determinación a otra más abarcadora, en un triple sentido: ya no vale por sí sola, se conserva, y se sitúa más alto, porque ahora se muestra por qué resulta como resulta. Así, los tipos, las partes, las conexiones y los procesos están superados en el autodespliegue, allí donde tienen en él su fundamento, y cada estadio del libro en el siguiente.

No se entiende: Abolir. Lo que está superado no ha desaparecido.

Desarrollado en: cap. 12.6, 16.4

Véase también: autodespliegue; *La verdad* (2025), Glosario: Superación, *La ética – El bien que ya hacemos* (2026), Glosario: Superación

externo (äußerlich)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Un rasgo que en la cosa solo está en el exterior, como el color y el formato en el libro. En general se llama externo a un orden cuando no se sigue de la cosa y por eso no puede decir por qué sus miembros son estos.

No se entiende: Inservible. El alfabeto es externo y para un diccionario es exactamente lo correcto; solo se vuelve defecto cuando un orden así se toma por un orden de la cosa.

Desarrollado en: cap. 2.5, 4.1, 12.3

Véase también: Serie y compartimento (Reihe und Fach), Estándar (Maßstab)

Concepto (Begriff)

Tipo: Filosófico general

Explicación: El universal de una cosa, en cuanto produce de sí sus particularizaciones y se hace real en lo singular. Tiene el concepto del número quien ve por qué hay precisamente estos tipos de números.

No se entiende: Meramente una palabra con su significado o una definición que se aprende de memoria. En este sentido más débil usa el libro también la palabra, por ejemplo en el cap. 12.5; el más fuerte es aquel hacia el que tiende.

Desarrollado en: cap. 12.2

Véase también: Autodesarrollo (Selbstentfaltung); Universal, particular, singular (Allgemeines, Besonderes, Einzelnes); Sistema, sistemático (Sistema, systematisch)

Urgencia (Dringlichkeit)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Lo que ocupa a uno en este momento. Se refiere a la situación del que ordena y no a la cosa; si la situación pasa, desaparece, y la cosa es lo que era. El primero de los tres niveles de lo que puede llamarse «importante».

Desarrollado en: cap. 3.2

Véase también: Importancia (Wichtigkeit), Esencialidad (Wesentlichkeit)

conexión factual, funcional, conceptual (faktischer, funktionaler, begrifflicher Zusammenhang)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Tres maneras en que dos cosas pueden estar conectadas. Fáctica: observada, sin que se sepa cómo se produce. Funcional: un efecto, que dice qué cambia si se interviene. Conceptual: una conexión que radica en lo que las cosas son, como en comprador y vendedor.

Cómo se reconoce: La mayoría de las falacias en el pensamiento relacional son confusiones de estas tres, con más frecuencia una conexión fáctica leída como funcional. La pregunta «¿Quién se beneficia?» constata una conexión fáctica y no un plan.

Desarrollado en: cap. 10.2, 10.4, 15.3

Véase también: Relación (Relation)

orden compartido (geteilte Ordnung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Una condensación heredada o examinada en común, desde el lenguaje, en el que cada palabra es un orden ya hecho, hasta los conceptos de una ciencia. No se comienza por los detalles, sino en medio de un acervo de órdenes que otros han formado.

La otra cara: También las condensaciones falsas pueden sostenerse en común. Lo que se pierde primero en una comunidad así no es la corrección de un orden, sino la posibilidad de advertir su error.

Desarrollado en: cap. 15.4

Véase también: condensación, ilusión coherente; *La ética – El bien que ya hacemos* (2026), Glosario: Institución

Fundamento: vacío, arbitrario, suficiente (Grund: leer, beliebig, zureichend)

Tipo: Filosófico general

Explicación: Tres etapas del fundamentar. El fundamento vacío repite la cosa con otro nombre («es que no era viable» (DE: „sie war eben nicht lebensfähig“)). El arbitrario toma una condición entre muchas. El suficiente reúne todas las condiciones, incluida la constitución de la cosa misma.

Desarrollado en: cap. 7.1

Véase también: Principio (Prinzip), Silogismo (Schluss), Esencialidad (Wesentlichkeit)

Respecto (Hinsicht)

Tipo: Filosófico general

Explicación: Aquello en lo que se fija uno cuando pone esto junto a aquello. Todo orden tiene uno, aunque no se nombre; otro respecto da, a partir de las mismas cosas, otro orden.

No se entiende: Algo meramente subjetivo. El respecto se elige; lo que se muestra en él no se elige.

Desarrollado en: cap. 3.1, 3.3

Véase también: Serie y compartimento (Reihe und Fach), Patrón (Muster)

Clasificación (Klassifikation)

Tipo: Filosófico general

Explicación: La primera de las cinco maneras de ordenar: orden según la pregunta «¿Qué tipos hay?» (DE: „Was für Arten gibt es?“). Los miembros están unos junto a otros y se excluyen mutuamente. Está lo más cerca del clasificar; sin la indicación de qué clase de cosa se tiene delante, no pueden darse ni su construcción ni su conexión.

Desarrollado en: cap. 8.1

Véase también: división correcta y buena (korrekte und gute Einteilung), Manera de ordenar (Ordnungsweise)

engaño coherente (kohärente Täuschung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Un orden que es coherente en sí mismo y muestra casi todos los signos de lo vivo, pero ordena su material según una interpretación fijada de antemano, necesita para cada hecho nuevo una nueva suposición auxiliar y no puede fracasar en nada.

No se entiende: Una afirmación sobre una actuación encubierta como tal. El error está en la forma de la explicación, no en su objeto; los acuerdos existen, y una afirmación sobre ellos puede comprobarse como cualquier otra.

Cómo se reconoce: Por tres preguntas. ¿Penetra la explicación su material, o lo ordena? ¿Explica clases enteras de casos a partir de un fundamento? ¿Qué tendría que ocurrir para que se la abandonara? Las mismas preguntas valen para la versión oficial y para sus adversarios.

Desarrollado en: cap. 15.3

Véase también: orden proliferante (wuchernde Ordnung), orden mecánico y orden vivo (mechanische und lebendige Ordnung), conexión fáctica, funcional, conceptual (faktischer, funktionaler, begrifflicher Zusammenhang)

Composición (Komposition)

Tipo: Filosófico general

Explicación: La segunda de las cinco maneras de ordenar: orden según la pregunta «¿De qué consta?». Las partes son solo en el todo lo que son, y cada una tiene una tarea que se sigue del todo. También partes, estructura.

No se entiende: Descomposición según la materia. Una bicicleta de acero, goma y plástico está descompuesta, pero no estructurada.

Desarrollado en: cap. 9.1, 9.2, 9.4

Véase también: Clasificación (Klassifikation), Manera de ordenar (Ordnungsweise)

división correcta y buena (korrekte und gute Einteilung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Una división es correcta cuando sus miembros se excluyen mutuamente y juntos cubren el todo. Es buena cuando los límites pasan por donde el objeto mismo hace diferencias.

Cómo se reconoce: Quien ordena sus libros por color ha dividido correctamente y no ha captado nada del libro. Una división puede fracasar sin contener ningún error lógico.

Desarrollado en: cap. 8.2

Véase también: Clasificación (Klassifikation), externo (äußerlich)

Estándar (Maßstab)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: La pregunta con la que el libro mide todo orden, también a sí mismo: ¿puede decir por qué sus miembros son estos y por qué se disponen así? Mientras un orden no pueda dar su fundamento, está puesto desde fuera sobre la cosa.

De dónde viene: No de una imagen de la cosa con la que se comparara el orden, sino del movimiento en el que un orden fracasa en la cosa y por ello se vuelve más preciso.

Desarrollado en: cap. 1.3, 13.2, 16.4

Véase también: externo (äußerlich), Autodesarrollo (Selbstentfaltung)

orden mecánico y orden vivo (mechanische und lebendige Ordnung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Se llama mecánico a un orden cuyas partes funcionan sin relación entre sí y sin la pregunta por el para qué. Se llama vivo a uno cuyas partes se determinan mutuamente y solo son en el todo lo que son, y que se mantiene cambiando en aquello en lo que fracasa. En órdenes que sostienen personas se muestra en que puede decirse para qué sirve una regla.

No se entiende: Una cuestión del número o el rigor de las reglas. En el mantenimiento de aviones o en el procedimiento judicial las normas estrictas son el orden vivo; un orden muere porque nadie sabe ya para qué rige.

Desarrollado en: cap. 15.1, 15.2

Véase también: engaño coherente (kohärente Täuschung), Remanente (Rest)

Patrón (Muster)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Una repetición que se encuentra en la cosa en un respecto elegido, en lugar de ser puesta en ella. Un patrón es una anticipación que tiene que probarse a sí misma en el caso siguiente, y queda abierto: ningún número finito de casos lo fija.

No se entiende: Algo que solo el conocer produce. Que un patrón pueda ser falso muestra que no lo hace el conocer. Tampoco algo que estaría simplemente ahí sin el respecto del que conoce.

Desarrollado en: cap. 4.4, 5.1, 5.2, 5.3

Véase también: Principio (Prinzip), Generalización (Verallgemeinerung), Respecto (Hinsicht)

Orden (Ordnung)

Tipo: Filosófico general

Explicación: Una disposición de la que puede inferirse algo: dónde está algo, qué falta, qué va junto. Su forma más pequeña es poner esto junto a aquello y separarlo así de lo demás.

No se entiende: Cualquier disposición. En el montón de hojas que el viento ha empujado a un rincón también esto está junto a aquello, pero de ello no puede inferirse nada.

Desarrollado en: cap. 2.2

Véase también: Panorama (Überblick), Acceso (Zugriff), Condensación (Verdichtung)

Manera de ordenar (Ordnungsweise)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Una pregunta que puede plantearse a un todo, y la estructura que resulta de ella. El libro encuentra cinco: tipos, partes, conexiones, procesos y, por último, el autodesarrollo, que pregunta por qué las respuestas a las otras cuatro resultan así. Cuál es la que se pregunta se muestra en lo que falta.

No se entiende: Una lista completa. Que no haya una sexta no está demostrado.

Desarrollado en: Introducción a la parte III, caps. 7 a 12

Véase también: Clasificación (Klassifikation), Composición (Komposition), Relación (Relation), Proceso (Verlauf), Autodesarrollo (Selbstentfaltung)

Principio (Prinzip)

Tipo: Filosófico general

Explicación: Lo que produce un patrón. Dice bajo qué condiciones aparece el patrón y dónde termina, y por eso puede aplicarse a casos que nunca se han visto.

No se entiende: Un principio que lo explica todo. Lo que no excluye nada no dice nada.

Desarrollado en: cap. 6.1, 6.2, 6.3

Véase también: Generalización (Verallgemeinerung), Patrón (Muster), Fundamento (Grund)

Serie y compartimento (Reihe und Fach)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Orden según un rasgo elegido: el alfabeto, la fecha, el ámbito. Varios rasgos se anidan unos en otros, compartimentos dentro de compartimentos. Un orden así da acceso, pero no panorama, y tiene que mantener visible el remanente.

Desarrollado en: cap. 4.1, 4.2, 4.3

Véase también: externo (äußerlich), Acceso (Zugriff), Patrón (Muster)

Relación (Relation)

Tipo: Filosófico general

Explicación: La tercera de las cinco maneras de ordenar: orden según la pregunta «¿Con qué está conectado?» (DE: „Womit hängt es zusammen?“). También conexión. Necesita a la vez árbol y red; quien solo ve enlaces ya no puede decir qué está enlazado.

Desarrollado en: cap. 10.1, 10.3, 10.5

Véase también: conexión fáctica, funcional, conceptual (faktischer, funktionaler, begrifflicher Zusammenhang), Referencia cruzada (Verweis)

Remanente (Rest)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Lo que ninguna condensación alcanza: lo singular, que es más que el caso de sus patrones; el acto de ejecución, que no puede observarse mientras se ejecuta; lo nuevo, para lo que aún no hay compartimento. Un orden no tiene que captarlo, pero sí mantenerlo visible.

Desarrollado en: cap. 4.3, 14.3

Véase también: Condensación (Verdichtung), Serie y compartimento (Reihe und Fach)

Ritmo (Rhythmus)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: La alternancia de reunir y ordenar. Quien se queda en el reunir no llega a ningún resultado; quien ordena demasiado pronto tiene uno que no resiste el material. La alternancia viene de la cosa.

Desarrollado en: cap. 11.4

Véase también: Proceso (Verlauf)

Silogismo (Schluss)

Tipo: Filosófico general

Explicación: La forma en que puede escribirse un fundamento suficiente. Asegura el tránsito, no el punto de partida: quien admite las premisas tiene que admitir la conclusión, pero si ellas son verdaderas, eso no lo dice el silogismo.

No se entiende: Un tipo propio de fundamento junto al suficiente.

Desarrollado en: cap. 7.3

Véase también: Fundamento: vacío, arbitrario, suficiente (Grund: leer, beliebig, zureichend)

Autodesarrollo (Selbstentfaltung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: La última de las cinco maneras de ordenar: un orden en el que lo particular resulta de un universal bajo condiciones y se hace real en lo singular. Dice por qué sus miembros son estos, y cumple así el estándar del libro, en grados.

No se entiende: Una manera que simplemente está junto a las otras cuatro. Las acoge en sí y les da su fundamento donde lo tienen; por eso está al final.

Desarrollado en: cap. 12.1, 12.2, 12.6

Véase también: Universal, particular, singular (Allgemeines, Besonderes, Einzelnes); Concepto (Begriff); Superación (Aufhebung); Estándar (Maßstab); Manera de ordenar (Ordnungsweise)

Sistema, sistemático (Sistema, systematisch)

Tipo: Filosófico general

Explicación: Un todo cuyos miembros pueden entenderse a partir de un fundamento. Pensar sistemáticamente significa ordenar de modo que pueda decirse por qué los miembros son estos, saber dónde eso no puede decirse, y no interrumpir el movimiento en el que un orden fracasa en la cosa y se vuelve más preciso.

No se entiende: Cualquier orden fijo. Un archivo por años y remitentes está ordenado, pero en este sentido no es un sistema.

Desarrollado en: cap. 12.2, 16.4

Véase también: Concepto (Begriff), Estándar (Maßstab), Autodesarrollo (Selbstentfaltung)

Panorama (Überblick)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Ver qué hay y cómo se conecta sin recorrerlo todo uno por uno. Se mide por el número de miembros que hay que retener en la cabeza.

Desarrollado en: cap. 2.3

Véase también: Acceso (Zugriff), Condensación (Verdichtung)

Generalización (Verallgemeinerung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Un patrón de gran alcance que dice qué coincidió en los casos conocidos, pero no por qué, y por eso tampoco cuándo no vale. «La práctica hace al maestro» (DE: „Übung macht den Meister“) es una.

Desarrollado en: cap. 6.2

Véase también: Principio (Prinzip), Patrón (Muster)

Condensación (Verdichtung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Mucho es representado por poco. La técnica lo llama compresión. Una condensación es buena si de ella puede recuperarse aquello en lo que radica lo que importa; sobre su valor decide lo que deja.

No se entiende: Una pérdida que pudiera evitarse. No hay que elegir entre pérdida y ninguna pérdida, sino entre pérdidas.

Desarrollado en: cap. 2.4, 14.1, 14.2

Véase también: Prejuicio (Vorurteil), Remanente (Rest), Panorama (Überblick)

Proceso (Verlauf)

Tipo: Filosófico general

Explicación: La cuarta de las cinco maneras de ordenar: orden según la pregunta «¿Qué se mueve, y hacia qué?» (DE: „Was bewegt sich, und wonach?“). También proceso. Se necesita donde una descripción es correcta y sin embargo no acierta, porque la cosa solo se entiende a partir de su devenir.

Desarrollado en: cap. 11.1, 11.3

Véase también: Ritmo (Rhythmus), Manera de ordenar (Ordnungsweise)

Referencia cruzada (Verweis)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Un enlace entre dos lugares de un orden. Se da por la posición en la estructura o por la cosa, y por la cosa de tres maneras: como la misma cosa, como la misma en otro desarrollo o como determinada de modo contradictorio. Las referencias cruzadas dan acceso; el panorama lo da el orden del que se ramifican.

Desarrollado en: cap. 13.3

Véase también: Acceso (Zugriff), Relación (Relation)

Prejuicio (Vorurteil)

Tipo: Filosófico-general

Explicación: Una condensación fuerte y rápida que renuncia precisamente a las diferencias que importan. Contra ello no sirve condensar menos, sino condensar de otro modo: recuperar las diferencias a las que se renunció y examinar cuáles cuentan esta vez.

No se entiende: Toda expectativa previa al examen. Sin ella no se entraría en ninguna conversación; la expectativa se convierte en prejuicio solo cuando ya no se deja corregir.

Desarrollado en: cap. 2.4

Véase también: condensación; *La verdad* (2025), Glosario: Pre-juicio, *La ética – El bien que ya hacemos* (2026), Glosario: Imagen del otro

Esencialidad (Wesentlichkeit)

Tipo: Filosófico general

Explicación: Lo que hace de una cosa lo que es, sea quien sea el que pregunte y para qué. Más exactamente: la parte de sus fundamentos que pertenece a ella misma y no a sus circunstancias. Una primera prueba: ¿cambia el resto si esto cambia?

No se entiende: Importancia para una pregunta. Muchas disputas sobre qué es esencial son disputas entre dos preguntas.

Desarrollado en: cap. 3.2, 7.5, 8.1

Véase también: Importancia (Wichtigkeit), Urgencia (Dringlichkeit), Fundamento: vacío, arbitrario, suficiente (Grund: leer, beliebig, zureichend)

Importancia (Wichtigkeit)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Lo que cuenta con respecto a una pregunta. Quien plantea la misma pregunta encuentra importante lo mismo. El nivel intermedio de los tres niveles de lo que puede llamarse «importante», y el que más fácilmente se confunde con los otros dos.

Desarrollado en: cap. 3.2

Véase también: Urgencia (Dringlichkeit), Esencialidad (Wesentlichkeit)

orden proliferante (wuchernde Ordnung)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Un orden que necesita para cada caso nuevo una categoría nueva, para cada desviación una excepción. Lo abarca todo y no explica nada.

Desarrollado en: cap. 13.2

Véase también: engaño coherente (kohärente Täuschung), Estándar (Maßstab)

Acceso (Zugriff)

Tipo: Nuestra metodología

Explicación: Encontrar desde un lugar otro. Se mide por los pasos y por el conocimiento previo necesario. Una búsqueda da acceso, pero no panorama: no muestra qué más hay.

Desarrollado en: cap. 2.3

Véase también: Panorama (Überblick), Referencia cruzada (Verweis)